

SERVICIO SECRETO

UN CUCHILLO PARA LA SEÑORA

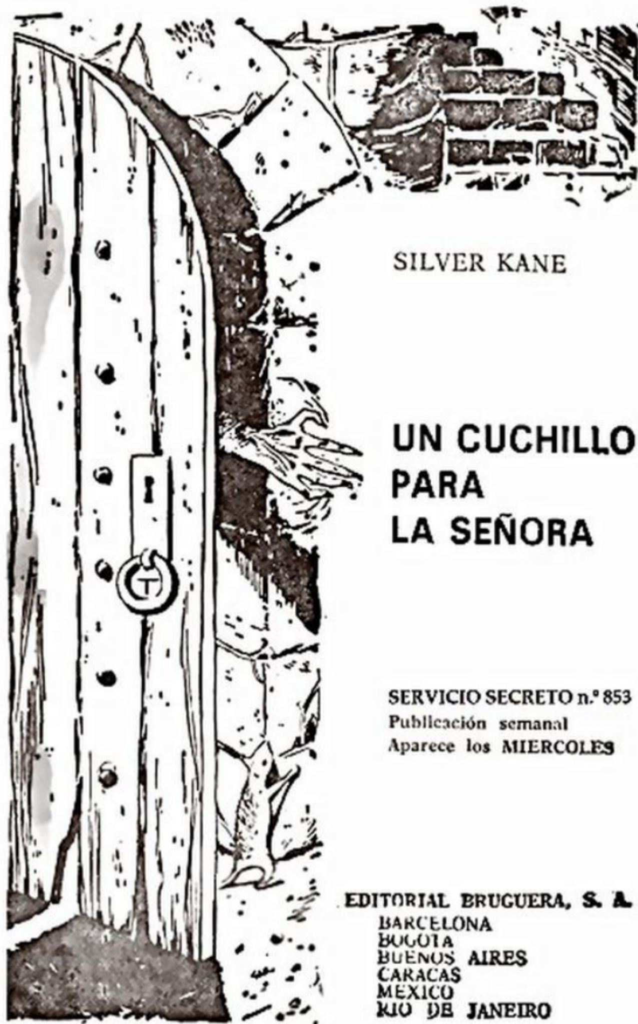
silver kane

una aventura de CLIVE

BB


CHRIS SORENSEN
CLIVE MURDOCK





SILVER KANE

UN CUCHILLO PARA LA SEÑORA

SERVICIO SECRETO n.º 853
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BOGOTA
BUENOS AIRES
CARACAS
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 30584 - 1966

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre 1966

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - **Barcelona - 1966**

CAPÍTULO PRIMERO

Clive Murdock llevaba demasiado tiempo persiguiendo a aquel hombre.

La cosa había empezado a orillas del Hudson, en la Primera Avenida, en United Nations Plaza. Allí Simpson había tiroteado a uno de los representantes del Emirato de Kuwait, matándolo delante de más de cien personas, al pie de las banderas de todos los países que tienen delegación permanente en la ONU.

Y, aunque pareciera increíble, Simpson había logrado huir.

Hay dos modos de liquidar a alguien con garantías de éxito. Cuando ese alguien está solo o cuando se halla rodeado por una verdadera multitud. Las multitudes son, de por sí, impresionables y cobardes, y su primer instinto es la huida. Eso fue lo que ocurrió en United Nations Plaza, y en el tumulto originado, Simpson consiguió escabullirse, nadie sabía aún cómo.

Tampoco había demasiada vigilancia cuando aquello ocurrió: la habitual y rutinaria de todos los días. Los agentes que presenciaron el crimen no se atrevieron a disparar por temor a alcanzar a algún inocente, eso facilitó aún más las cosas a Simpson. Éste debía tener un coche preparado en la Segunda Avenida, esquina a la Calle Cuarenta y Dos, ya que sólo corrió una manzana. Luego se esfumó como si se lo hubiera tragado la tierra. Fue inútil todo lo que se hizo para encontrarlo en el inmenso hormiguero de Nueva York.

Y entonces había empezado la aventura de Clive Murdock.

Clive había recibido la orden de encontrarlo: «Búsquelo por cualquier parte del mundo y tráigalo como sea. Lo que ocurrió ante la ONU es un insulto y un nuevo desprestigio para los Estados Unidos. Dé con Simpson y captúrelo o mátelo. Sí, para mayor comodidad, decide partirlo en pedazos y traerlo dentro de su maletín, nadie le pedirá explicaciones».

Lo que Clive tenía, pues, en el bolsillo no era solamente un

permiso para matar. Era una licencia para descuartizar si hacía falta.

Y desde entonces, ciertamente, había corrido medio mundo detrás del extraño asesino.

Londres, París, Belgrado, Zagreb, la isla de Elba, Port Said… Siempre detrás de aquel hombre escurridizo como una anguila y al que nunca conseguía tener a tiro.

Ahora Clive volaba desde Port Said a Sanaa, la misteriosa capital del Yemen, en un viejo trasto bimotor de la «Arabian Air Lines». El aparato no llegaría hasta Sanaa, pues la República Árabe Unida no sobrevolaba con aviones de línea la zona dominada por los realistas del Yemen. En Kadurs, una pequeña ciudad de la Federación de Arabia del Sur, Clive tenía que trasbordar a otro avión, aún más pequeño, propiedad de una Compañía privada inglesa. Ese aparato le llevaría a Sanaa o le estrellaría contra las montañas peladas de la Arabia Pétrea.

Y allí fue, en el aparato que iba desde Port Said a Kadurs, donde Clive Murdock conoció a la chica.

Sabido es que Clive Murdock tenía una cierta debilidad por las mujeres. No gran cosa, desde luego. Por una chica bonita, Clive solamente era capaz de subir a gatas a un rascacielos, de bailar un *twist* sobre el ala de un avión en marcha, o de enfrentarse a cuchillo con cuatro enemigos a la vez. En fin, nada de importancia.

Según él, resistía el encanto femenino perfectamente. En opinión de sus jefes, por culpa de las mujeres iba a ir a la tumba.

«Mientras una chica estupenda me acompañe…» —comentaba él.

Y ahora la mujer ideal estaba subiendo al avión.

Su falda, estrecha y corta, se hacía más corta aún al moverse sus piernas en la escalerilla. La chica tenía unas piernas de campeonato, más bien un poco llenitas. Unas piernas que no eran aptas para la minifalda, porque hubieran ocasionado un terremoto. La muchacha se sostenía sobre unos zapatitos pequeños y de tacón inverosímilmente alto. Llevaba un vestido sastre blanco muy ceñido a sus formas opulentas, y a pesar del calor usaba medias finas color ceniza.

Era un monumento, precisamente la clase de mujer que uno está

seguro de que nunca encontrará cuando sale de Port Said para dirigirse a un podrido aeródromo de la Arabia Pétrea.

Todos los mahometanos que iban en el aparato abrieron unos ojos más grandes que la puerta de una mezquita, cuando ella entró. Más de uno debió pencar en incorporarla al harén a costa de lo que fuera, pues aún había grandes harenes en Egipto, pese a las medidas occidentalistas de Nasser. La chica notó aquellas miradas, vio el fuego que había en ellas, y se intranquilizó. Como Clive era el único pasajero de aspecto europeo que iba en el aparato, se sentó junto a él.

Clive le cedió la ventanilla.

—Es igual, no se moleste. ¡Para lo que hay que ver!…

La chica hablaba un inglés dulce, con acento de Oxford. Clive también tenía acento de Oxford cuando le convenía, de modo que siguió en el mismo tono.

—No piense eso. Los paisajes de Arabia son, a veces, de una gran belleza. ¿O es que ya los conoce?

—Estuve dos veces aquí. Mi padre trabajaba en las prospecciones petrolíferas, aunque nunca tuvo demasiado éxito.

—¿Trabajaba? ¿Es que se ha retirado ya?

—Ha muerto.

Clive se dio entonces cuenta de que el vestido rigurosamente blanco de la chica y sus medias color ceniza, no obedecían a una casualidad. Todo aquello era la única forma decente de luto en un país tropical. Bruscamente, Clive sintió un sentimiento distinto por aquella chica. No sólo el interés que siempre habían despertado en él unas piernas sensacionales; también le pareció que ella estaba desesperadamente sola.

—¿Muerte natural? —susurró.

—Sí.

—¿Va a recoger su cadáver?

—No. Él ha sido enterrado ya en Kadurs. Simplemente voy a hacerme cargo de sus bienes personales y a enterarme de si llegó a dictar testamento.

—Yo también me detendré en Kadurs, pero luego sigo hasta Sanaa.

—¿Es americano?

Clive decidió no mentir. En este caso le parecía más noble no

hacerlo. Mostró su insignia del F.B.I.

—¿Un federal americano en el Yemen? ¿Y qué va a hacer en un lugar tan perdido?

—Busco a un hombre.

Todos los pasajeros intentaban pasar y repasar delante de ella, con los más variados pretextos. Sus ojos, parecidos a bolas de fuego, iban siempre hacia sus rodillas.

—Parece que ha causado usted sensación —murmuró Clive—. Si algunos pudiesen, la devorarían.

—Los árabes siempre me han dado un poco de miedo.

—Están faltos de mujeres —musitó Clive—. Una mujer bonita es para ellos el supremo bien. No le extrañe si la miran de ese modo. Y además, si se queda algunos días en Kadurs, procure no salir del hotel. Podría ser peligroso.

—Me temo que usted también tendrá que quedarse en Kadurs algunas horas más de las proyectadas —dijo ella, de pronto, mientras el avión dejaba atrás la pista y se remontaba hacia las alturas.

—¿Por qué?

La azafata, caminando con esa seguridad que sólo da la costumbre, repartía periódicos entre los viajeros. Uno de ellos era el «Arabian Star», en lengua inglesa, que se vendía en todos los pequeños sultanatos de los Golfos de Adén y de Omán. Los titulares de la primera página decían:

«GOLPE DE ESTADO FRACASADO EN KADURS»
«LA JEFE DE LA REBELIÓN, UNA MUJER, SERA AHORCADA PRÓXIMAMENTE»
«TODAS LAS COMUNICACIONES INTERRUMPIDAS»

Clive tomó uno de los periódicos. Sus ojos habían adquirido un raro matiz de acero.

—Esto significa que su avión hacia Sanaa tardará en salir unas horas más de las previstas —dijo suavemente ella—. De momento habrán suspendido todos los vuelos, pero enseguida se darán cuenta de que no pueden jugar con los intereses extranjeros, y la situación volverá a ser normal. Lo único que lamento es la suerte que tiene deparada esa pobre mujer.

Señalaba una foto que aparecía a la izquierda de la primera página del «Arabian Star». En ella se veía reproducida una hermosa mujer de unos veinte años, ardiente y morena. Sus ojos eran dos lumbreras de pasión. No se veía su cuerpo, porque la foto alcanzaba sólo hasta el nacimiento de los senos, pero éstos, suaves y mórbidos, insinuaban un tipo de los que hicieron soñar al mismísimo Profeta. El pie de la foto decía sencillamente:

«Nina Belacem, condenada a la última pena»

—Es triste —susurró la muchacha.

—¿Por qué una mujer habrá acaudillado una rebelión? —se preguntó Clive, como si la respuesta hubiera de dársela él mismo.

—Detrás de ella debía haber algunos militares descontentos, o quién sabe si algunos intereses extranjeros. Esos países son miserables, pero cualquier día puede aflorar el petróleo en ellos, y entonces la fortuna llegará sola para el que haya alcanzado el poder. La historia de esa zona del Oriente Medio se escribe con sangre y petróleo.

—Está usted muy enterada —musitó Clive.

—Mi padre me escribía muchas cosas. Detalles que nunca olvidaré.

—¿Y a mí? ¿No puede escribirme usted algo? —musitó Clive.

—¿El qué?

—Su nombre.

—Me llamo Chris —dijo ella con voz extrañamente suave—. Chris Sorensen.

—Bonito nombre —murmuró Clive—. Cuando tengamos una niña la llamaremos Chris también.

Ella le dirigió una mirada furibunda y fue a levantarse, pero Clive le señaló el cinturón de seguridad.

—Nadie le ha dicho aún que pueda quitárselo —murmuró con una sonrisa—. No le queda más remedio que estarse quieta.

El aeródromo de Kadurs era polvoriento, y un sol que parecía la maldición de Alá se desplomaba sobre las peladas pistas.

Allí sólo podían aterrizar aviones pequeños, como máximo bimotores, y ahora se explicó Clive la vetustez del cacharro que los había traído hasta aquel infierno. Las pequeñas pistas no eran aptas

para los reactores, ni siquiera los del tipo «Caravelle» o «Trident». En cuanto a un
«DC-8»
o un «Boeing 727», se hubieran llevado por delante la pequeña torre de control antes de poder emprender el vuelo.

En el aeródromo sólo había tres hangares y un edificio donde se albergaban los servicios de pasajeros y de aduana. El calor bajo techo era insoportable. Unos cansados ventiladores de grandes aspas, rodaban con tal lentitud que ni siquiera espantaban a las moscas.

Todos los policías, los aduaneros, los porteadores los pilotos árabes, todos los que en aquel momento no tenían servicio, se fijaron única y exclusivamente en Chris Sorensen.

Su pequeña maleta fue abierta personalmente por el jefe de la aduana, quien acarició sin disimulo la ropa interior y las medias que descansaban sobre dos finos vestidos, uno blanco y otro violeta, y sobre otros dos pares de zapatos. Sus ojos vidriosos se clavaron materialmente en el cuerpo de Chris, imaginando cómo le sentarían todas aquellas prendas.

Ella no confiaba mucho en Clive, pero menos se fiaba aún de las miradas que aquellos hombres le dirigían. De modo que se pegó al federal y no se separó de él hasta que los trámites de aduana hubieron terminado.

En el control de policía la cosa fue más rápida. El agente se echó la gorra sobre la nuca al ver el pasaporte especial del FBI.

—No habíamos tenido aquí un federal en muchos años —dijo en pasable inglés—. ¿A quién quiere perseguir aquí?

—Estoy sólo de tránsito. Voy a Sanaa.

—Lo siento, pero no podrá emprender el vuelo. Todas las salidas están suspendidas hasta nueva orden. ¿Ha leído los periódicos?

—Sí, ya me he enterado de que fracasó un golpe de Estado. Pero veo que todo está muy normal.

—Por eso, porque la insurrección fracasó. Pero cuando llegue a la ciudad verá que el Ejército patrulla por las calles.

—¿Tendré que quedarme mucho tiempo aquí?

—No lo creo. Probablemente dentro de veinticuatro horas se reanudarán los vuelos.

Clive, en secreto, casi se alegró.

Aquello podía ser motivo de que Simpson se evaporara definitivamente, pero en cambio le daba una oportunidad para continuar junto a la chica. ¿Y qué era preferible? Simpson descuartizado en un maletín o Chris enterita y en una habitación con aire acondicionado.

—¿Hay algún hotel en la ciudad? —preguntó—. Me refiero a algún hotel refrigerado, tipo occidental.

—De eso nada, amigo. Los habitantes del sultanado sólo son iguales en una cosa: en que todos sudan a la vez. Pero un hotel bastante decente sí que lo hay. Los hombres de negocios que llegan a Kadurs suelen hospedarse en el «Orient».

—¿Y cuántas noches aguantan?

—Sólo una —reconoció el policía, mientras le sellaba tranquilamente el pasaporte.

El taxi era fabuloso, uno de esos coches que sólo se ven en Oriente Medio. Sin duda había pertenecido a algún magnate del petróleo que luego lo vendió. Tenía instalación de aire refrigerado, mueble-bar y tocadiscos con tres micrófonos. La técnica de Detroit y el lujo asiático se unían en aquella especie de portaaviones que se deslizaba a gran velocidad por las calles de la capital, lanzando bocinazos que asustaban a los camellos y hacían apartarse a los hombres de mirada ardiente y a las sucias mujeres tapadas hasta los ojos. Algunos tanques que debían ser jubilados de la batalla de El Alamein se hallaban estacionados y vigilantes en las esquinas, pero la sensación era de calma. Del cañón de uno de esos tanques, un soldado había colgado un transistor y escuchaba complacido la música, tumbado sobre la coraza y con las manos tras la nuca.

El «Hotel Orient» era el único edificio de tres pisos de la ciudad. Su fachada debía ser triste durante el día, pero ahora, con las luces de neón, resultaba incluso sugestiva. Todos los hombres que había en el vestíbulo por poco caen de espaldas al ver entrar a Chris.

Clive dio una buena propina al taxista. Éste susurró a su oído:

—No aguanta aquí más de una noche, amigo. El calor es espantoso a pesar de los ventiladores. Y hay chinches.

—Seguro que no me doy ni cuenta. Pienso estar con la chica.

—Entonces lo siento por usted, amigo. No aguantará ni dos horas. Mañana asistiré a su entierro.

—Entonces le diré a usted cuál es mi última voluntad, amigo.

—¿Cuál?

—Prohibido pellizcar a la viuda.

Y entró en el local detrás de la muchacha.

Las habitaciones estaban contiguas, y situadas en, el tercer piso. No había más huéspedes que ellos en aquella parte del hotel, porque todo el mundo se había largado de Kadurs un par de días antes, ante la inminencia del golpe de Estado, que en aquel momento nadie sabía aún si iba a fracasar o no.

Las camas eran de hierro artísticamente forjado, y en cada habitación había una ducha. Las ventanas ofrecían una amplia perspectiva por encima de las casas de la capital del sultanato. Un ventilador de aspas grandes y dormilonas apenas contribuía a refrescar el ambiente.

Clive puso sobre la cama el pequeño maletín de Chris.

—No sé si vas a encontrarte bien aquí, muchacha.

—¿Por qué?

—Imagina que uno de los que te han mirado de aquel modo entrara por esa ventana.

—Nadie va a entrar.

—A lo mejor está bajo la cama.

—Me cuesta creerlo. Seguro que no hay nadie.

—¿Y si, mientras duermes, entrara por la puerta? —La cerraré con llave.

—No la hay —musitó Clive, que muy cautelosamente se la había metido en el bolsillo al entrar con ella—. Las puertas de estas habitaciones están solamente entornadas.

—No me diga… —musitó ella, ahora con sincero asombro.

—Son demasiados peligros, nena.

—¿Y qué sugieres para remediarlo?

—Me quedaré contigo. Te haré compañía. Te vigilaré y te protegeré como el mejor centinela.

—No necesito guardias.

—Tengo título de tirador de primera. Conmigo puedes estar tranquila.

—No va por ahí la cosa, amor mío. Ya imagino que eres de primera *en todo*. Y es eso lo que me asusta.

Clive se encogió de hombros.

—Bueno, en tal caso allá tú. Si renuncias a mi desinteresada protección, si no aceptas la ayuda de un hombre que podría salvarte de todos los peligros menos uno…

Ella sonrió, mientras ponía las manos, en actitud desafiante, sobre sus caderas redondas y mórbidas.

—Pues el único peligro que queda en pie es el que precisamente me asusta, cariño…

—Bueno, bueno… Yo ya he cumplido.

En aquel momento, antes de que Clive saliera, el pomo de la puerta giró un poco, silenciosamente, como si alguien tratara de entrar. Clive masculló:

—¿Quién anda ahí?

Unos pasos rápidos y furtivos corrieron a lo largo del pasillo. Alguien huía.

Chris dio un salto y se aferró materialmente a los brazos del federal.

—Clive… trataban… ¡trataban de entrar!

—Ya te he dicho antes que corrías peligro, Chris.

Clive sonrió, ahora que ella no le veía. Había pagado diez dólares a uno de los criados, mientras subían por la escalera, sólo para que hiciese precisamente aquello.

Y la cosa marchaba bien.

Una Chris temblorosa, palpitante, estaba en sus brazos y trataba de mirarle a los ojos.

—¿Me quedo? —susurró él.

Ella asintió débilmente. Había un secreto mundo de promesas en su boca, en sus ojos.

—Tendré que seguir el consejo de mi abuelita —susurró.

—¿Cuál era ese consejo?

—Siempre conviene un poco de ejercicio o de paseo antes de dormirse.

—Tu abuelita era muy lista.

—Más de lo que tú te figuras.

—Admirable mujer. Me hubiese gustado conocerla.

—Aún vive —susurró Chis—. Y precisamente en Adén. Si quieres quedarte con ella te pago el avión.

—No, no… —susurró Clive—. A la familia la conoceré más tarde. Vendrá al bautizo de nuestro primer hijo, supongo.

Ella susurró:

—Granuja…

Pero ya no tuvo tiempo de decir otra palabra.

El ventilador había funcionado toda la noche. Fue el ruido monótono de sus aspas, aquel «trac, trac» casi obsesionante lo que llegó a despertar a Clive.

Éste abrió primero un ojo. Luego el otro. Se sentía muy cansado.

La habitación blanca e inundada de sol parecía más grande vista desde el lecho. Un aire seco y ardiente, que provenía del cercano desierto, penetraba por la ventana abierta. Un rumor sordo e insistente llegaba desde abajo, desde las calles de la pequeña ciudad.

Clive se levantó, fue a la ducha y al cabo de algunos minutos empezó a sentirse más despejado. Terminar de asearse fue para él cuestión de muy poco tiempo. Encajó bien el revólver reglamentario en la funda axilar, y se puso una americana ligera con la cual esperaba poder resistir bien el calor del nuevo día.

Entonces consultó su reloj. Eran las nueve.

«No comprendo cómo he dormido tanto» —murmuró.

Salió de su habitación y regreso a la de Chris, que estaba contigua. Ya que él no podía partir hasta la noche, ayudaría a la muchacha a realizar todos los trámites para recoger los efectos personales de su padre y enterarse de la cuestión del testamento. Dada la amistad que había nacido entre los dos, era lo menos que podía hacer.

Empujó la puerta.

La habitación de Chris estaba vacía. De la cama deshecha aún se desprendía el perfume de la muchacha. Las ropas que ella llevaba el día anterior no estaban visibles, lo cual indicaba que ella había salido llevándolas puestas. En cambio el resto de su equipaje sí que aparecía intacto en la habitación.

Clive encendió un cigarrillo con movimientos parsimoniosos. La verdad era que se sentía un poco aturdido.

Le resultaba incomprensible que ella se hubiera levantado tan temprano teniendo todo el día por delante, y en especial que no le hubiese dicho nada. ¿Quizá sentía rubor, al examinar los hechos a la luz del día? ¿O tal vez le avergonzaba un poco que se miraran a los ojos de nuevo?

Sí, eso debía ser.

Saldría a buscarla. La capital era pequeña, y una mujer como Chris llamaría forzosamente la atención en todas partes. Dejaría tras ella una montaña de pistas.

Cuando iba a abandonar la habitación, se dio cuenta de que un periódico local había sido arrojado por debajo de la puerta. Seguro que en su habitación había ocurrido lo mismo, Pero él no lo notó. Inclinándose, tomó entre sus manos aquel rotativo local, que apenas constaba de ocho páginas.

Estaba escrito en árabe, pero Clive entendía lo suficiente aquel idioma para saber leer al menos los titulares. Vio reproducida la misma foto del «Arabian Star». El pie indicaba:

«La traidora Nina Belacem»

Pero lo que realmente llamó su atención fueron los titulares de la primera página, encima de la foto.

«LA EJECUCIÓN HA SIDO ADELANTADA
NINA BELACEM SERA AHORCADA HOY, A LAS 9'30
EN LA PLAZA PÚBLICA»

Las ejecuciones públicas aún son costumbre en muchos países orientales, si con ellas se persigue dar ejemplo. Países que se consideran a sí mismos muy adelantados, como Siria, practican esta forma de quitar la vida al prójimo con cierta frecuencia. Los pequeños sultanatos de Arabia del Sur no sienten ninguna vergüenza al hacer de los ahorcamientos un espectáculo, sobre todo desde que las penas de muerte en Saigón están a la orden del día.

Lo que iba a ocurrir, pues, en la pequeña Kadurs podía considerarse normal. Y ahora se explicó Clive el sordo rumor que ya desde el principio le había llamado la atención en las calles.

La multitud se dirigía lentamente hacia la plaza central, donde la jefe rebelde iba a ser ahorcada.

Clive consultó su reloj. Eran las 9'15. Él no tenía el menor deseo de ver cómo ahorcaban a una mujer, pero en cambio sí que tenía mucho interés en encontrar a Chris Sorensen. Las multitudes orientales, cuando están excitadas por la visión de la muerte,

resultan muy peligrosas para una mujer bonita.

Salió a la calle, y entonces se encontró con un inconveniente. La multitud era tan densa que le arrastraba y le impedía ir en la dirección que él hubiese querido. Desde todos los lugares la muchedumbre afluía a una misma plaza, e hiciese lo que fuera, Clive siempre se encontraba marchando en la misma dirección. Hombres cubiertos por chilabas rotas, ancianos llenos de suciedad y con las manos ya medio podridas, mujeres que sólo mostraban los ojos y niños harapientos, todos avanzaban en la misma dirección como una marea humana. Clive, empujado materialmente por aquella muchedumbre, se encontró de repente en una gran plaza donde estaban los dos o tres edificios más importantes de la ciudad. En el centro de ésta se alzaba una horca.

Un cordón de policías vestidos de negro apenas podía contener a la muchedumbre, que pugnaba por acercarse al patíbulo más y más. Mirando por encima de las cabezas, Clive notó que uno de los edificios importantes que había en la plaza era el cuartel de la policía, donde sin duda estaba la condenada a muerte. Desde allí al patíbulo había un pasillo de unos quince metros que los agentes vestidos de negro mantenían sin gente con grandes esfuerzos.

La multitud entonaba con verdaderos aullidos viejas canciones religiosas. Todo el aire apestaba, y el movimiento en forma de oleaje de aquel mar humano llegaba a marear. Clive estaba pensando en la mejor forma de salir de allí cuando en aquel momento alguien le sujetó por el codo.

Volvió la cabeza. Parpadeó al ver a uno de los oficiales de la policía, también vestido de negro.

—Usted es occidental —dijo el agente.

—¿No lo ve? Soy la única persona en Kadurs que esta mañana se ha lavado la cara.

—El sultán también se la lava. Y el hecho de ser periodista no le autoriza a mostrarse insolente. Pero nuestro país cuida las relaciones exteriores, y por eso tenemos orden de dar facilidades a los extranjeros. Desde aquí no podrá ver nada.

Clive Murdock se dio cuenta de que le habían confundido. Debían creer que era un corresponsal del «New York Times» o algo semejante. Iba a desmentir el error cuando notó que el agente empezaba a hacer apartarse a la multitud, golpeándola con una

fusta de las que se emplean para los caballos.

—¡Atrás, carroña! ¡Abrid paso! ¡Fuera de aquí! ¡Retiraos, cuadrilla de piojosos!

Las caritativas palabras del oficial de policía, acompañadas por el restallar de la fusta, produjeron el milagro de abrir un pequeño paso por entre aquella apiñada multitud. Clive le dijo que no deseaba ir más adelante, pero el otro se empeñó en que su obligación era dejarle bien situado. De lo contrario, sus jefes le reprenderían.

Y así se encontró en primera fila, sin haberlo pretendido, al lado de los agentes que formaban barrera para contener a la marea humana.

En aquel momento, en el reloj situado en la torre del cuartel de la policía, sonó una campanada. Eran las nueve y media.

La hora de la ejecución.

Toda la multitud, que hasta aquel momento aullaba sus himnos religiosos, quedó sumida de repente en un espantoso silencio.

Hubiera podido oírse el vuelo de una mosca. Pero hasta las moscas, extrañamente, se habían alejado de aquel lugar macabro.

La plaza parecía más grande, más blanca, más trágica.

De pronto, tras unos segundos de aquel silencio obsesionante, total, los aullidos reemprendieron, ahora con ritmo distinto. Eran como un himno funeral, como una melodía macabra que hacía temblar el aire. Las gargantas enronquecieron cuando se abrió la puerta central del edificio, una hermosa puerta de hierro labrado. Un siniestro ritmo de *tam-tam* parecía presidir aquella canción de muerte, aquel himno que más de veinte mil personas interpretaban a la vez, produciendo un griterío que llegaba a aturdir, que era como el estampido de las olas en un mar color negro.

La condenada fue sacada del edificio. Iba atada de pies y manos, o sea que tenían que llevarla en volandas entre cuatro policías. Una túnica blanca cubría completamente su cuerpo, y el rostro estaba tapado por una capucha negra.

La multitud lanzó gruñidos de desencanto, cortando la canción, porque sin duda los más sanguinarios hubieran deseado ver el rostro de la condenada cuando era llevada al patíbulo.

Pero el hecho de habérselo cubierto, era, después de todo, un cierto detalle humanitario. Clive lo agradeció.

No hubiera podido resistir ver la mirada de horror, de desesperación, que seguramente la condenada hubiera dirigido a la muchedumbre.

Aunque debía verla, porque en la capucha había dos pequeños orificios a la altura de los ojos. La mujer debía captar todo el horror, todo el sentido macabro de aquella ceremonia. Mientras los policías la llevaban hacia el patíbulo, todo su cuerpo se retorcía desesperadamente.

Fue izada por los peldaños que llevaban a la horca. Ahora el silencio volvía a ser total, espantoso.

Clive se sentía materialmente aturdido. Nunca le había ocurrido una cosa así, a pesar de llevar tantos años enfrentándose diariamente a la Muerte.

Mientras dos agentes sostenían aún a la condenada, para que no cayese a tierra, el verdugo le ciñó con todo cuidado el lazo al cuello. No cabía duda de que iba a ser una ejecución maestra.

Los agentes se apartaron. La mujer encapuchada quedó sola, mientras el verdugo se dirigía a la palanca que había de hacer hundirse la trampilla bajo sus pies.

La mujer sabía que, si ahora caía a tierra, se ahorcaría ella misma. Por eso trató de sostenerse en pie, con sus últimas fuerzas, temblando desesperadamente.

Y de pronto volvió la cabeza. De súbito miró hasta donde estaba Clive Murdock.

¿Por qué sintió éste una cosa tan extraña? ¿Por qué le pareció que en aquellos lejanos ojos palpitaba una súplica patética? ¿Por qué creyó captar un mensaje de horror, de desesperación, en aquella lejana mirada?

Pero ya no pudo reflexionar sobre eso. En aquel momento, el verdugo movió la palanca.

Se oyó un grito de la muchedumbre, mientras la trampilla se abría, y el cuerpo colgaba de la cuerda. Durante algunos instantes, unos segundos que se le hicieron interminables a Clive, éste vio a aquel pobre ser balancearse al extremo de la soga. La muerte no era tan rápida como pensó; la ejecución no había sido sabía. De pronto el cuerpo quedó inmóvil, espantosamente rígido.

Clive notó que sudaba, pero con un sudor helado.

Seguía sintiendo aquella cosa inexplicable en su interior, una especie de llamada obsesionante.

¿Qué fue lo que le hizo moverse? ¿Qué le obligó a actuar? ¿Qué extraño impulso puso en funcionamientos sus músculos de gigante?

Quizá él mismo no lo sabría nunca. De repente se encontró apartando brutalmente a los policías que formaban la barrera, y derribando de un seco puñetazo al que intentaba cortarle el paso en los peldaños del patíbulo. De pronto se vio a sí mismo en lo alto de la siniestra plataforma, mirando al verdugo que no se atrevía a intervenir. Y sus manos, con un seco movimiento, arrancaron la capucha.

Su grito de dolor infrahumano, su aullido de agonía, de rabia, de dolor, ahogó por unos momentos el clamor de la asombrada muchedumbre.

Porque la mujer que colgaba de la cuerda no era la misma cuya foto él había visto en el «Arabian Star».

No. Era otra. Otra que él conocía mucho mejor. ¡Habían ahorcado a Chris!

CAPÍTULO II

Un oficial de policía subía ya por las escaleras del patíbulo. Llevaba un revólver en su mano derecha.

—¿Está usted loco? ¡Baje de ahí!

Clive movió mecánicamente la pierna derecha. Obraba ahora de una forma automática, sin pensar. Notó el silbido de la bala, rozándole la cabeza, mientras el oficial recibía el impacto del terrible puntapié en el mentón y volaba desde el patíbulo abajo con la mandíbula rota.

Varios policías de los que formaban las barreras habían alzado sus fusiles. Alguien gritó:

—¡No disparéis! ¡Hay que cazarle vivo!

Otra orden llegó seca, tajante, apenas unos segundos más tarde:

—¡Dispersad a la gente!

Los policías se aplicaron con ánimo a esta tarea que les permitía usar las culatas. Todos los sucios árabes que se apiñaban en la plaza fueron empujados a puntapiés y a golpes fuera de ésta. El ambiente se llenó de ayes y de gritos.

Dos policías más subieron al patíbulo. Pero, en contra de lo que había sucedido con el anterior estos no sacaban sus armas.

—Por favor —dijo uno de ellos en perfecto inglés—. Sólo queremos cubrir otra vez a la muerta.

Clive no reaccionó en el primer instante. Los dejó hacer. Bruscamente, al ver la capucha otra vez sobre el rostro de Chris, se dio cuenta de que aquellos dos tipos habían contribuido a asesinarla.

Sus puños se movieron en forma de molinete.

Oyó dos chasquidos, y dos mandíbulas más se abrieron siniestramente bajo la piel que las cubría. Con un doble alarido, los policías saltaron del patíbulo abajo.

Clive comprendió que necesitaba escapar, que había llevado las

cosas demasiado lejos, y saltó él también.

Se mezcló a la muchedumbre, intentando salir de la plaza. Pero su alta estatura le hacía muy visible a los ojos de los policías, que le persiguieron como lobos. El federal se dio cuenta de que le resultaría muy difícil huir.

Pero le quedaba una esperanza.

Si lograba apoderarse de un coche, rodaría a toda velocidad hacia el sultanato vecino, que estaba apenas a cincuenta quilómetros. Aquellos pequeños reinos, que vivían gracias al petróleo y a la diplomacia inglesa, eran de tan pequeña extensión que la frontera siempre se hallaba cerca. Una vez la hubiese cruzado, los policías uniformados de negro nada podrían contra él.

Puestos a conducir un coche, él les sacaría ventaja. Por algo se había entrenado horas y horas en la conducción de toda clase de vehículos, desde un tractor a un carro pesado de combate.

Pero antes tenía que pasar por el hotel, recordó de pronto. Llevaba en el fondo secreto de su maletín documentos contra Simpson que al mismo tiempo podían comprometer al Gobierno de los Estados Unidos. No le era posible correr el riesgo de que las autoridades del sultanado se apoderaran de toda aquella documentación. Él tenía el deber de defenderla aun a riesgo de su propia vida.

Moviendo los brazos como las aspas de una hélice, derribó a media docena de mendigos que le cortaban el paso, y luego dejó sin sentido a un policía de un «uppercut». Se encontró de pronto ante la puerta del hotel, que estaba muy cerca.

Subió a su habitación. Se dijo que si lograba apoderarse del maletín y saltar por una de las ventanas que daba a la parte posterior, quizá no todo estaría perdido.

El encargado de recepción le vio pasar como una flecha.

—¿Ocurre algo, señor? —preguntó en francés, porque eso le pareció más fino.

—He olvidado desayunar —masculló Clive—. Y no puede imaginar el apetito que tengo. ¡Me zamparé hasta las moscas!

Los policías entraron tras él, pero Clive les llevaba ya un piso de ventaja. Era suficiente.

Entró como una tromba en su habitación, y de pronto se detuvo en el umbral, jadeante, sintiendo que una cosa blanda subía y

bajaba en su garganta.

Dos hombres le esperaban allí. Dos tipos que lo apuntaban con sus revólveres al centro de la cabeza.

CAPÍTULO III

Clive Murdock comprendió que no tenía tiempo de desenfundar su arma y liquidarles allí mismo. Tampoco le convenía hacerlo hasta saber qué era lo que pretendían.

De momento había perdido la partida.

Alzó un poco las manos, mientras decía con voz ronca:

—Vienen dos gorilas ahí atrás. Si me tocan un pelo de la ropa, les juro que machaco sus cabezas.

Uno de los hombres que le apuntaba, un árabe de tez olivácea, dijo en perfecto inglés:

—No se preocupe. No se extralimitarán.

En efecto, los dos policías se detuvieron detrás de Clive, al ver la escena, cuando llegaron unos minutos después. Ninguno de ellos movió un dedo para tocarle.

El tipo de piel olivácea que había hablado antes se puso en pie.

—Permita que me presente. Soy Abkar, jefe de la policía. He tenido mucho gusto en conocerle.

Clive masculló, entre dientes, por toda respuesta.

—Maldita sea su casta, amigo.

Abkar palideció. Por un momento sus dedos arañaron el aire.

—Será mejor que no plantee dificultades —consiguió decir al fin, cuando se hubo tranquilizado—. Ya han sucedido demasiadas cosas.

—Se equivoca. Las cosas empiezan a ocurrir ahora.

—Sería terrible para usted que se pusiera tonto, señor Murdock. Y su Gobierno también lo lamentaría.

—Más lo van a sentir los que acaben con las costillas torcidas y la cabeza rota.

—Sea razonable, Murdock. Hablemos.

—Hable usted. Yo le escucho.

—Lo primero que he de decirle —expuso tranquilamente Abkar

—, es que ha visto demasiado.

—He visto el asesinato de una mujer inocente, y eso es bastante para mí.

—Lo comprenderá todo cuando se lo explique.

El otro individuo, que hasta entonces no había despegado los labios se puso en pie. Tenía un cierto aspecto de diplomático. Se presentó haciendo una leve reverencia.

—Usted no me conoce —dijo.

—No, efectivamente, pero en eso nos parecemos. Tú tampoco me conoces a mí.

Se oyó el chirrido de los dientes del hombre. También sus dedos arañaron el aire. Tuvo que hacer un esfuerzo terrible para contenerse y lograr decir:

—Soy el jefe de los servicios extranjeros del Sultanato. Aquí no podemos permitirnos el lujo de tener un verdadero Ministerio.

—¿Y qué?

—Me llamo Kader. Siento una gran amistad por su país, los poderosos Estados Unidos. Gracias a eso salvará usted la vida, señor Murdock.

—Yo no quiero salvar nada.

—¡Deje que le explique de una vez! La verdad es que creía que los norteamericanos eran más prudentes. La jefe de la abortada rebelión fue una mujer llamada Nina Belacem.

—Sé leer los periódicos, amigo.

—Esa mujer, extremadamente ambiciosa, ha querido destronar a la dinastía que desde hace cincuenta años manda en el Sultanato. Naturalmente ha fracasado, y en el primer momento se la condenó a muerte y dio publicidad a la sentencia. Pero nuestro amado sultán no ha podido olvidar, cuando se presentó la hora de la ejecución, las horas de felicidad que Nina le había dado. Ella es su esposa favorita.

—Conmovedor —dijo Clive, escupiendo la palabra.

—Como al mismo tiempo había que dar ejemplo, aplicando un castigo del que todo el mundo se acordara, no había ninguna posibilidad de evitar la pena de muerte. El sultán, persona humanitaria al fin y al cabo, pensó en sustituir a la víctima. Pero no podía raptar y hacer ejecutar con la cabeza cubierta a una mujer del pueblo porque ninguna tiene la magnífica estatura de Nina, y

porque su desaparición hubiera provocado demasiados comentarios. Esto es pequeño, señor Murdock; la gente hubiese llegado a sospechar la verdad.

—Lo caritativo que es su jefe, me hace saltar lágrimas a los ojos —masculló Clive.

—Entonces —continuó Kader, imperturbable—, el destino hizo que llegara al aeródromo una mujer que tenía la misma estatura de Nina, y a la que nadie conocía en Kadurs. Su propio padre había muerto días antes, por lo que no tenía parientes aquí. Nadie la echaría en falta.

—Y se decidió que ella sustituyera a Nina, ¿verdad? Así habría castigo ejemplar ante el pueblo, y su panzudo jefe podría seguir disfrutando en privado de su esposa favorita. Es de suponer que ella tendría que mostrarse más amable que nunca, ante el peligro de que le volara la cabeza.

—Los musulmanes somos muy sensibles a las caricias femeninas —rió tenuemente Abkar.

—Quiero saber una cosa. ¿Cuándo raptaron a Chris?

—Al amanecer; no hubo problemas porque ella dormía pesadamente. Nuestros hombres entraron descalzos, sin hacer el menor ruido, y la aplicaron un pañuelo impregnado de cloroformo sobre narices y boca. La cosa no duró más allá de un par de minutos. Tuvimos suerte, porque la muy tonta ni siquiera había cerrado con llave. No estaba en la cerradura.

Clive Murdock sintió un nudo en la garganta.

Se palpó sin querer el bolsillo de su americana, donde estaba la llave de la habitación de Chris, la misma que él ocultó la noche anterior para que le resultaran bien sus planes. Para que ella se sintiera necesitaba de compañía.

¡Él había hecho posible que raptaran a Chris!

¡Él era, en cierto modo, responsable de su muerte!

Como un relámpago lejano pasó por sus ojos la visión de la encapuchada volviéndose hacia él. Chris le había visto poco antes de morir, de eso no había duda. Y no pudo llamarle, no logró pronunciar su nombre porque estaba amordazada.

¿Qué debió sentir la muchacha en ese terrible momento? ¿Debió pensar quizá que él estaba de acuerdo con los que iban a colgarle? ¿Tuvo tal vez la sospecha de que Clive estaba allí sabiéndolo todo,

para complacerse en su agonía?

¿Hasta qué terrible grado había penetrado el horror en el cerebro de la muchacha?

Clive no pudo resistir aquella idea. Se sintió de repente el más miserable de todos los hombres, y de pronto ya no le importó morir. No se acordó de su misión secreta, ni de su país, ni de nada. Sólo supo que sentía en la garganta un espeso sabor a sangre.

Otras veces en su vida lo había sentido también, y sabía que el sabor a sangre sólo desaparecía de un modo: ¡Matando!

Bruscamente se lanzó sobre los dos hombres que tenía delante de él. Su mano derecha, convertida en una auténtica zarpa, sujetó el cuello de Abkar. Éste lanzó un grito de agonía.

Y Clive hubiese roto aquel cuello con sólo una leve torsión de no haber intervenido entonces los dos hombres que estaban tras él. Ambos alzaron a la vez sus pistolas.

Las culatas cayeron sobre la nuca de Clive, que tuvo un espasmo. Aún se sostuvo en pie, sin embargo, y envió un «jab» con el puño izquierdo a la barbilla de Kader, haciéndolo volar hasta el otro lado de la pieza. Luego las dos culatas se abatieron nuevamente.

Clive Murdock sintió que sus rodillas se doblaban.

No podía más.

Rechinó lo dientes, intentando pelear aún, y sus puños se movieron otra vez, pero ya sólo encontraron el vacío. Un último culatazo le envió definitivamente por tierra.

Clive, quedó sin sentido. Pero aún seguía sintiendo, a pesar de todo, en el fondo de su garganta, aquel espeso sabor a sangre.

CAPÍTULO IV

El automóvil rodaba a buena velocidad por una pista asfaltada a la que el fuerte calor había abombado, haciendo que los neumáticos brincasen de vez en cuando. Fue eso lo que despertó a Clive: la sensación de que de tarde en tarde saltaba por los aires.

Abrió los ojos y notó que estaba sentado en la parte posterior de un automóvil. Dos hombres estaban a su lado, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Clive cerró los ojos otra vez, al apoyar la cabeza en el respaldo notó que tenía un parche en la nuca, justo en el lugar donde había recibido la caricia de los culatazos.

Notaba en los flancos la presión de las pistolas. Iba bien vigilado.

Al abrir los ojos de nuevo, vio que el diván delantero estaba ocupado por un sargento uniformado de negro, junto al cual iba un individuo tocado con un fez.

El que estaba a la derecha de Clive murmuró:

—Jefe… Ése ha despertado.

«Ése» era él, sin duda. Clive vio que el del fez se volvía, mostrando una suave sonrisa, un fino bigote y una horrible cara marcada por las viruelas.

Por encima del borde del diván delantero, apareció entonces el cañón de una metralleta. El individuo del fez la había llevado hasta entonces sobre las rodillas.

—Ya ve que está bien guardado, señor Murdock —dijo lentamente—. Imagino que no hará tonterías.

—Todo depende de lo que tengan proyectado. Si lo que esperan es matarme, les advierto que moriré peleando.

—Se equivoca, señor Murdock.

Desde el asiento delantero, el hombre de las viruelas seguía sonriendo suavemente.

—¿Qué piensan hacer entonces?

—Usted se ha puesto muy difícil, pero tiene la suerte de ser ciudadano americano. Nosotros no queremos tener un conflicto con su magnífico y poderoso país.

—Déjese de monsergas. Mi país no es a veces tan magnífico ni tan poderoso, y ustedes lo saben. Vaya al grano.

—Lo que he querido decir es que no deseamos plantear un problema diplomático.

—¿Y qué van a hacer?

—Le pondremos de patitas en la frontera. Debe reconocer que, después de lo sucedido, no es un mal trato.

—¿Y si escribo lo que he visto?

—Nadie lo creerá. Es más, sus jefes se lo impedirán. Les ocurrirá lo mismo que a nosotros: Nada de conflictos con los sultanatos de los que depende, en parte, el petróleo del Oriente Medio.

Clive se mordió los labios. A aquel tipo no le faltaba razón. Él tendría que callarse.

—Pero debo permanecer en el país… —se defendió aún—. Pienso tomar un avión para Sanaa.

Estoy en viaje oficial, realizando una misión de mi gobierno.

—Tome el avión desde otro sitio; eso no es un asunto nuestro. Si quiere, vaya a Aden.

—Pero…

—Resígnese, señor Murdock, Comprenda que aún debería estarnos agradecido.

Clive se mordió el labio inferior mientras se clavaba las uñas en las palmas de las manos.

Lo sucedido había sido terrible para él, pero no le quedaba más remedio que ser prudente. Callar y obedecer…

¿Callar y obedecer…?

No lo haría nunca. Él no se sometería jamás a nadie, y menos a…

La voz del hombre de las viruelas cortó sus pensamientos.

—Estamos llegando. Cinco minutos nada más.

—No creo una palabra de lo que me ha dicho —masculló de repente Clive—. A ustedes los conflictos diplomáticos les importan poco, y su magnífico y generoso sultán no está tan loco por Nina como él mismo dice. Seguro que la hubiese cambiado con gusto por

la muchacha a la que hizo ahorcar, porque Chris era mucho más hermosa. Pero Nina debe ser persona muy influyente en determinados círculos rebeldes del país, y el sultán la ha perdonado la vida a cambio de que se pase a su bando. Una decisión muy oriental y muy sagaz. ¿No es eso lo que ha ocurrido?

El hombre de la metralleta achicó los ojos.

—¿Y qué, si fuera así? ¿A ti qué te importa?

Clive miró por la ventanilla derecha del automóvil. Vio las dunas de arena cada vez más frecuentes y espesas. Observó la soledad terrible del desierto, sobre el cual pesaba la fuerza implacable del sol.

El sol…

Una especie de lucecita se encendió en el cerebro de Clive.

Según la posición del sol que ahora estaba viendo, el automóvil no rodaba hacia el interior, sino en dirección al mar. Iba al agua en línea recta. ¿Y qué diablos de frontera se encontraba allí? ¿Iban a dejarle en el sultanato vecino o…?

Alzando un poco la cabeza, vio otro detalle revelador.

En el diván delantero había una pala. El instrumento con que pensaban abrir la fosa para enterrarle.

«Desaparición inexplicable… El hombre escapó de Kadurs y no hemos vuelto a saber de él… Lamentable, muy lamentable… Nuestro gobierno colaborará en la búsqueda con todas sus fuerzas…»

Clive imaginaba ya el lenguaje de las excusas diplomáticas que serían dadas cuando el FBI investigase el asunto. Nunca le encontrarían, jamás darían con su cuerpo hundido bajo las arenas del desierto. Iba a ser ejecutado y sepultado como un perro.

Para reforzar sus convicciones, notó que el automóvil había salido de la carretera. Ahora rodaba sobre una pista pedregosa, entre las dunas, buscando sin duda un sitio lo bastante oculto para abrir la fosa.

El tipo de las viruelas se puso a reír simiescamente. De pronto todo aquello le parecía muy divertido. Casi celebraba el que Clive se hubiese dado cuenta.

Clive no necesitó palpar su costado para saber que le habían desprovisto de su revólver. No portaba ningún arma. No tenía la menor probabilidad de sobrevivir.

Debería esperar a que el automóvil se detuviese. Ahora que sabía que iba a morir en medio de una hermosa pelea, se encontraba más tranquilo; se sentía, en cierto modo, casi feliz.

El coche se detuvo con un último brinco. La pista pedregosa terminaba allí, más allá estaba solamente la arena blanda del desierto.

—¿Es esto la frontera? —preguntó Clive.

—Sí. Ya hemos llegado.

—Pues no veo ningún control…

—No hables tanto y baja.

Era lo que esperaba Clive. El cambio de situación le daría alguna oportunidad, por pequeña que fuese.

El individuo de la derecha bajó. El de la izquierda empujó al federal con su pistola.

Clive descendió y simuló desperezarse. Todo su cuerpo adquirió una posición inofensiva, casi cómica.

Y de pronto algo cambió en él. De inmediato sus músculos sufrieron una brutal sacudida.

Giró sobre la punta de un solo zapato y se encaró al tipo que había tenido detrás hasta entonces, y que ya descendía del coche. En ese momento el árabe estaba en una situación algo difícil, con sólo un pie apoyado en el suelo, él apretó el gatillo, pero la bala se estrelló entre las piedras.

Bruscamente, y sin soltar la muñeca derecha de su enemigo, Clive tiró de él, colocándolo delante de su cuerpo.

El vigilante delantero se había vuelto ya, lanzando un grito. Hizo fuego automáticamente, y la bala se clavó en el pecho de su compañero. Éste aflojó la pistola, con un estertor. Clive la sujetó e hizo fuego a su vez en fracciones de segundo.

Alcanzado en la cabeza, el árabe dio media vuelta y cayó lanzando un grito. Mientras, el fulano de las viruelas se volvía en el asiento delantero y trataba de poner la metralla en línea de tiro. Todo había sucedido con tanta velocidad, que aquel cacharro de cañón largo le resultaba engorroso. Cuando estuvo en situación de encañonar a Clive, éste ya le apuntaba a él.

Una sonrisa helada flotaba en sus labios.

Hizo fuego, y alcanzó al de la metralleta en el hombro. Sacudido por un calambre, el hombre soltó su arma. En aquel momento el

chofer intentó desesperadamente alejar el vehículo, imprimiendo al volante un giro.

Clive tiró también. Atravesó la nuca del fugitivo.

A continuación ya no se dio demasiada prisa. Alejó de varios puntapiés las armas que aún poseían los heridos, y los cargó a todos en el coche. Al único que arrojó fuera fue al conductor, de cuya nuca atravesada surgía un delgado hilo de sangre.

Los ojos de Clive buscaban un lugar donde ocultar todo aquello.

A muy pocas yardas había una duna cuyas arenas resbalaban lentamente hacia abajo. El terreno, además, formaba declive, y había en el camino las suficientes piedras para que las ruedas pudieran aposentarse. Clive no lo pensó más y se sentó en el puesto del conductor. Retrocedió el vehículo sobre el camino pedregoso para luego tomar más impulso.

Los heridos gemían y lanzaban maldiciones a su espalda. El de las viruelas trató de sujetar por el cuello a Clive, pero ya no tuvo tiempo.

Clive puso primera y dio gas. Entró la segunda y dio gas también. El automóvil iba lanzado. De repente giró el volante en dirección a la duna, puso punto muerto y saltó. El vehículo dio un par de brincos sobre las piedras y se empotró materialmente en la duna arenosa, calándose allí. Se oyeron alaridos que pronto fueron ahogados por la enorme masa arenosa, que ocultó por completo el vehículo.

Era una hermosa tumba. Casi tan buena como la que aquellos tipos habían reservado para él.

Clive cargó sobre sus espaldas al chofer muerto y lo arrojó sobre la parte correspondiente al techo del vehículo y que ya no era visible desde el exterior. La arena fina seguía descendiendo. Pronto aquel nuevo cadáver quedó cubierto también.

Entonces Clive respiró agitadamente. De súbita se sentía muy cansado. Y, cosa extraña, ahora, cuando había pasado todo, empezaba a sentir miedo.

Miró en torno suyo. El silencio y la soledad eran absolutos. Seguro que aquellos buitres habían elegido el lugar a propósito para que nadie encontrara jamás el cadáver de Clive.

Y ahora nadie les encontraría a ellos. Habían caído en su propia trampa.

Ahora Clive necesitaba volver a Kadurs, pero no podía hacerlo de día. Ni tenía coche ni el implacable sol le hubiera permitido caminar. Tampoco podía exponerse a ser visto.

De modo que resolvió esperar junto a la tumba de sus enemigos. Resolvió aguardar hasta la noche.

Como allí no había una maldita sombra y no podía exponerse a sufrir una insolación, resolvió tumbarse sobre la pista pedregosa y colocar la americana sobre su cara y cabeza. Así permaneció, muy quieto, sufriendo indeciblemente, basta que de pronto la temperatura cambió. La brusca alteración del clima en el desierto le produjo escalofrío. Al ocultarse el sol, un aire fresco y más limpio llegaba desde el interior. Las colinas —pedregosas unas y de arena las otras—, adquirían una suave y casi irreal belleza.

Clive echó a andar por la carretera, tras hacerse con una de las pistolas arrebatadas a sus enemigos. Esperaba que aquella pista abombada y estrecha le condujera a la ciudad. Cuando en el cielo aparecieron las estrellas, éstas también le sirvieron de guía.

Se arrancó el parche que le habían puesto en la nuca. Ésta apenas le dolía ya.

En la llanura desierta y plateada hacía frío. Eso tonificó los músculos de Clive Murdock.

Al cabo de dos horas de marcha —es decir, a unos doce o trece kilómetros del lugar de la pelea—, avistó las débiles luces de Kadurs. Lo primero que distinguió fueron las líneas rectas de las balizas del aeródromo y los resplandores de la torre de control. Hacia la derecha, fuera de la ciudad, había un edificio amplio y bien iluminado, que Clive imaginó debía ser el palacio del sultanato.

Se dirigió hacia allí. Clive siempre iba a buscar al enemigo en línea recta.

Pero antes de que Clive penetre en el recinto sagrado del sultanato, antes de que conozca algunos de los misterios del harén, es necesario hablar por uno: momentos de otra persona completamente distinta, Una cierta dama otoñal que bebía menta incansablemente, mientras miraba fotografías de chicos jóvenes haciendo gimnasia. Una respetable señora llamada Rollston y que vivía en el barrio residencial de Aden, la más importante base británica del Medio Oriente.

La señora Rollston bebió un sorbo de su alto vaso de menta y miró al joven que tenía ante sí.

Era alto y fuerte. Tenía además un agradable mechón rubio que le caía sobre la frente, pero pese a todo no acababa de gustarle. La señora Rollston, educada en las más finas tradiciones del puritanismo inglés, necesitaba jóvenes educados y finos para que le ayudasen a pasar las aburridas veladas de Aden. Y éste tenía cara de haber sido siempre un sinvergüenza.

—De modo que tu nombre es Neck… —murmuró, mientras acariciaba sus labios con el borde de su vaso de menta.

—Sí, señora, Neck. Soy americano, del Estado del Missouri.

—Eso está muy lejos. ¿Y cómo has venido hasta aquí? ¿Qué ha ocurrido para que fueses a parar a este perdido rincón del mundo?

Neck movió ambas manos con un gesto displicente.

—¿Qué quiere que le diga? Cosas que pasan…

—¿Mujeres?

El joven Neck adivinó instintivamente que aquella otoñal sentía celos incluso de las mujeres que no había conocido. Que la molestaba el que hubiera otras mil veces más jóvenes y bonitas que ella.

—No —dijo—. Las mujeres demasiado jóvenes, nunca me han interesado.

La señora Rollston sonrió.

Se atizó un trago de menta que dejó temblando el vaso, mientras veía titilar a lo lejos las luces del puerto de Adén.

Bueno, quizá aquel chico, aquel tal Neck, no fuese tan bruto como parecía. A lo mejor era un chico educado, después de todo, un muchacho fino que sabría tratarla bien. Valdría la pena probar.

En aquel momento sonó el teléfono.

El sutil hilo mágico que se había formado entre los dos se rompió de repente.

—Sí —dijo la señora Rollston, descolgando el auricular—. Sí… ¿Conferencia? Claro que presto atención… Sí, desde luego que sí… Tengo lo que necesitan… Por supuesto que sé lo que me hago. Muy bien… Mañana…

Colgó.

Sus facciones se habían ensombrecido un poco. Era como si se estuviera diciendo a sí misma: ¡Lástima!

El joven Neck intentaba mostrarse agradable.

—Me han dicho que usted podría darme trabajo, señora Rollston. Que tiene buenos amigos en Adén. Creo que es la única persona en quien puede confiar un joven que no desea hundirse para siempre en este pozo.

Ella entornó los párpados.

—Sí. Desde luego, puedo proporcionarle trabajo.

—No será muy duro… Quiero decir, no tendré que trabajar en el puerto, o en la «pipe-line», o algo semejante…

—No, no… Su trabajo será muy dulce. No tendrá que hacer absolutamente nada.

La señora Rollston sonrió. Al hacerlo, se acentuaban las comisuras de sus labios y se formaban bolsas debajo de sus ojos. Debió ser una mujer hermosa veinte años atrás, y tener a los hombres que quiso. ¿Era eso lo que le había dejado aquella nostalgia, aquella especie de fría desesperación? ¿Era eso lo que la hacía soñar con hombres musculosos, pero educados, que la acompañaran en sus interminables noches?

—Venga —dijo a Neck—. Precisamente la llamada telefónica que acaban de hacerme está relacionada con usted. Ha tenido suerte, porque habrá trabajo inmediato. Lo necesitan precisamente mañana.

Caminando con distinción, abrió la puerta que comunicaba el *living con el dormitorio. Neck, sin que ella lo notase, hizo un gesto de resignación al ver la cama perfumada y amplia. Ella, desde la puerta seguía sonriéndole con una extraña mirada en los ojos.*

—Venga…

Él se puso en pie también. Pensaba en Missouri, en su tierra natal, en las chicas jóvenes de su ciudad que quizá aún le estaban esperando. Se daba cuenta en lo distinto que le había parecido todo, desde que él, chico soñador, al fin y al cabo, decidió que correr mundo en busca de aventuras debía ser maravilloso.

Se dirigió hacia el centro de la habitación. Dio la espalda un momento a la señora Rollston.

Cuando sintió aquel pinchazo en la espalda, se dio cuenta de que algo raro ocurría. Se volvió lentamente, con el asombro pintado en

sus ojos, mientras musitaba:

—Señora Rollston…

¿Pero qué significaba aquella sonrisa lejana, como de pena, que había en el rostro de la mujer? ¿Por qué a él se le doblaban las rodillas? ¿De dónde venía aquella sensación de que nada importaba, de que sólo hacía falta dormir… dormir…?

Cuando cayó de bruces a los pies de la mujer, ésta guardó el pequeño inyectable cargado con un poderoso somnífero que siempre llevaba consigo.

—Lástima —musitó—. Después de todo quizá no fuera mal chico… Neck… Y hasta empezaba a gustarme su nombre.

En efecto, el edificio iluminado era el palacio del sultanato. Clive lo comprendió cuando, a distancia, vio a aquellos dos centinelas en la puerta.

Eran dos tipos vestidos con uniformes semi británicos, al estilo de la Legión Árabe de Trasjordania, que en otros tiempos había mandado Glubb Pachá. Llevaban metralletas bajo el brazo, pero a pesar del reciente golpe de Estado, no parecían estar muy alerta.

Clive decidió soslayarlos. Buscó una ventana por dónde le fuera posible saltar.

Tras dar una vuelta al palacio, que no era demasiado grande, pero sí lujoso, encontró lo que buscaba. Una ventana baja, correspondiente al primer piso, y que estaba abierta.

Clive pudo penetrar por la ventana, se dio cuenta de que en todo el palacio había aire acondicionado. La temperatura allí era suave y agradable. Clive caminó unos pasos y vio entonces que estaba en unas inmensas cocinas montadas con toda la perfección técnica occidental. Una leve luz azulada las envolvía. No se veía a nadie allí.

Murdock, que necesitaba un arma más silenciosa que la pistola para andar por el palacio, buscó el cajón donde debían estar los cuchillos. Pronto lo encontró y vio que había una inmensa variedad de éstos, todos limpios y relucientes. Escogió un cuchillo de carnicero que podía degollar a un hombre en menos de dos segundos, y lo ocultó en su americana.

Luego salió a un amplio corredor.

Todo aquello debía pertenecer a la zona de servicio, y por tanto no había vigilancia. Una puerta de cristales le llevó a una sala

alfombrada donde empezaba realmente la parte señorial del palacio.

Tampoco se veía a nadie.

Avanzó por otro pasillo y vio al fondo una puerta ante la cual había un enorme beduino. Por sus dimensiones y su gordura, Clive adivinó inmediatamente que se trataba de un eunuco, es decir un desdichado, destinado a la vigilancia de las mujeres. Clive comprendió inmediatamente.

¡Estaba junto al harén, en la parte más secreta del palacio!

Bruscamente, Clive se sintió trasladado a otro tiempo, a unos siglos lejanos que ya parecían no existir.

¿Pero qué había variado en realidad allí? ¿No seguían aquellos sultanatos de Arabia del Sur hundidos en plena Edad Media?

El beduino le miraba como si tuviese ante los ojos una aparición increíble.

Parecía no dar crédito a lo que estaba viendo.

Clive adivinó que pronto lanzaría un alarido femenino y que pondría en conmoción al palacio entero. No podía elegir.

El pesado cuchillo carnicero salió volando de su mano derecha. Estaba solo a cinco metros de distancia del eunuco y le acertó en mitad del corazón.

El otro no lanzó ni siquiera un gemido. Sólo le miró asombrado, mientras sus rodillas se doblaban y la vida se iba por aquella herida que apenas producía dolor. Clive le ayudó a morir de un terrible golpe en la nuca, para que nada sintiese.

Luego abrió la puerta.

Había por todas partes cojines de terciopelo, alfombras persas y espejos. Había también pequeños tocadores para que las damiselas se acicalasen. Y se veían también tres chicas árabes aún no del todo formadas, la mayor de unos quince años, que lanzaron un gritito al verle.

Clive Murdock apretó los labios mientras les imponía silencio con un gesto. Toda aquella vida, todo aquel ambiente, le repugnaban. Las chicas se pegaron a la pared mientras le miraban como a un ser del otro mundo.

El federal dijo en árabe:

—Quiero ver a Nina.

—¿Nina…? Usted es… es…

—Sí, yo soy… —masculló entre dientes Clive—. Supongo que habéis visto desde alguna de las ventanas del cuartel de policía toda la comedia de esta mañana. Muy bien, ya tenéis la prueba de que no es tan fácil matarme. En cambio podría destrozar con sólo dos dedos, vuestros preciosos cuellos de muñeca. ¿Dónde está Nina?

Notó que ahora las chicas le miraban de modo distinto. Ahora contemplaban con una especie de secreto placer sus hombros amplios, su pecho de luchador, su fina cintura.

—Tú eres muy distinto de él —susurró una de las muchachas—. No eres barrigudo.

—¿Por qué no formas tu propio harén? —sugirió otra—. Nosotras iremos voluntarias.

—Es posible que seamos buenos amigos, pequeñas… cuando crezcáis un poco. Ahora sólo quiero ver a Nina.

—¡Nina, esa vieja…!

—¡Al menos tiene ya veintidós años!

—¡Y no sabe ni andar! ¡No comprendemos qué es lo que ven en ella!

—Precisamente yo también estoy intrigado. Y quiero averiguarlo.

—Te diremos dónde puedes encontrarla si luego prometes volver.

—Y quedarte. Eres el hombre ideal.

—¡Hum! Yo creí que las chicas musulmanas eran decentitas. Pero estáis tan estropeadas como las demás, demonio. Bueno, a todo esto, ¿dónde puedo encontrar a Nina?

Una de las muchachitas señaló una puerta que había a la izquierda.

—Ahí.

—¿Está con el cerdo de su dueño?

—No; está sola.

—¿Y las otras chicas? ¿O estáis solo vosotras?

—¡Oh, no…! Hay cincuenta. Pero estamos en distintos pabellones, agrupados por edades.

Clive lanzó un gruñido.

Fue directamente a la puerta de la izquierda y la abrió de golpe. Dentro había una mujer. Una verdadera tigresa.

Y había también un revólver. Un auténtico «Colt del 38» capaz

de volarle la cabeza a treinta metros de distancia.

Clive lanzó un silbido.

—Si me matas vas a salir tú perdiendo, nena.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque si me dejas vivo te vas a alegrar. Estuve casado once veces y conozco de sobras lo que es el matrimonio.

—Tú no has estado casado nunca. Y eres el cínico más grande que ha entrado en este palacio. Dudo, además, que seas tan… tan… como tú dices.

—Prueba.

Ella alzó un poco su «Colt».

Iba a disparar. Clive comprendió que no habría la menor vacilación en su corazón de hiena. ¿O quizá no era una hiena? ¿Tal vez era sólo una víctima de su destino?

Clive no se entretuvo en averiguarlo.

Dio un puntapié a uno de los cojines que había en el suelo, y lo envió directamente a la cara de la tigresa. Ésta, sorprendida, lanzó un gruñido, sin decidirse a disparar. Sin duda le faltaba experiencia en aquella clase de situaciones. Cuando fue a apretar el gatillo, ya Clive estaba cerca de ella, besándola en la boca.

—Te mataré, bandido —masculló ella.

—Prueba.

—Te mataré.

—Te he dicho que pruebes.

Luego ella susurró:

—Te perdono…

Clive la soltó lentamente, mirándola solamente a los ojos, porque se hubiese mareado, caso de ver el resto.

Nina Belacem iba vestida a la europea, y además, como una europea fina. No le faltaba detalle para volver loco a un hombre, aunque estuviera tan estragado como el jefe del pequeño sultanato de Kadurs. Al lado de las otras, al fin y al cabo, pobres desdichadas, parecía una diosa.

Una diosa perversa que sin duda había visto desde una ventana cómo ejecutaban a Chris.

Nina balbució:

—Suéltame, granuja…

Clive la soltó. Pero fue para derribarla sobre el lecho de un seco

zurdazo.

Ella gimió:

—¿Por qué me pegas?

—En homenaje a una chica llamada Chris Sorensen. Supongo que la música de estas bofetadas le gustará desde el otro mundo.

Ella se había incorporado. Un segundo golpe la envió nuevamente de cara sobre el lecho.

—Bandido…

Volvió a incorporarse. Pero ahora Clive Murdock, ya no tuvo tiempo de mover las manos.

Ella se había colgado materialmente de sus labios. Lo besaba ansiosamente.

—Hasta para hacer daño tienes gracia, ladrón —jadeó Nina apenas pudo respirar—. Resultas muy distinto del otro…

—¿Te refieres a tu dueño?

—Él no es mi dueño. En realidad, en según qué momentos, es solamente mi esclavo.

—¿Por eso te conservó la vida?

—Por eso y porque tengo mucha influencia entre los círculos republicanos. El sultán no puede olvidar lo que sucedió en el Yemen, cuando hubo un levantamiento hace años. Ha preferido pactar a cambio de que me sitúe en su bando.

—Y traiciones a tus amigos…

—Llámales como quieras. En realidad aquí todos son iguales.

—Tienes unas hermosas piernas, pero tu alma es de víbora.

Ella sonrió, mientras adoptaba una postura mucho más sugestiva.

—¿De verdad mis piernas son bonitas?

—No he venido aquí para hablar de cosas estupendas, nena, sino de crímenes repulsivos. Quiero saber quién organizó el plan para matar a Chris en lugar tuyo.

—Un hombre que tiene la cara picada de viruelas. Es el jefe superior de la policía del sultanato. Tú no le conoces.

Clive sonrió levemente, calladamente.

—No, no le conoce nadie. Ahora no le reconocería ni su propia madre…

—¿Es que…?

—Sí, nena. El tipo que tú dices está muy mal de salud. Después

de soportar durante doce horas una tonelada de arena encima, debe encontrarse ligeramente muerto.

—Veo que tú… En fin, te creía menos temible.

—Pues si no quieres verme en mi salsa, preciosidad, explícame qué pretendías con ese golpe de Estado.

—Apoderarnos del sultanato. Hay… hay dinero aquí.

—A mí me parece que no hay un níquel. Tu dueño vive bien, pero lo que es su pobre pueblo…

—Todo cambiará, aunque el pueblo siga siendo pobre. Aquí hay mucho petróleo, como lo hay en otras partes de Arabia. El padre de Chris, el ingeniero Sorensen, lo descubrió.

—Comprendo… Y entonces fue eliminado para que no reclamase su parte. ¿Lo hizo el sultán?

—No. Lo hizo un hombre que está de nuestro lado. Un aventurero muy listo y que tiene tras él una larga historia.

Clive apretó los labios.

No quería oír aquel nombre, no se atrevía a pensar en aquella nueva cita del destino.

Ella continuó, con un soplo de voz:

—Supongo que no debes conocerlo. Se llama Simpson…

CAPÍTULO V

Clive Murdock la zarandeó. Lo hizo sin darse cuenta, con una especie de secreta furia, pero a ella le gustaba. Nina había echado la cabeza hacia atrás, completamente relajado su cuerpo, brillantes sus ojos.

—Ese hombre mató en Nueva York a un delegado del Yemen —masculló Clive—. ¿Por qué?

—El delegado del Yemen iba a denunciar ante la ONU la existencia de petróleo en este país. Y quería alegar unos derechos de propiedad de su Estado ya antes de que los yacimientos se denunciasen.

—¿Y Simpson no quería que el asunto fuera conocido?

—No. Y el mejor modo de lograrlo era aplicar a aquel hombre la táctica del silencio eterno.

—Pero de eso hace ya algún tiempo. ¿Cuándo dio el ingeniero Sorensen con los yacimientos?

—Quizá hará tres meses. Pero necesitaba hacer muchas pruebas antes de mover oficialmente el asunto; entre tanto procuró guardar el mayor secreto. Nosotros lo supimos y lo eliminamos casi coincidiendo con los preparativos del golpe de Estado. Tenía que desaparecer también el sultán para que nuestro grupo fuera dueño de todo.

—Ya veo que tus amiguitos no merecen demasiada compasión —susurró Clive—. No son lo que se dice unos idealistas…

—¿Quién puede serlo en esta tierra seca y donde la gente se pudre de calor? Lo único que importa es la supervivencia.

—Ya veo… —Clive admiró las líneas esculturales de su cuerpo—. Y tú «supervives» muy bien… ¿Cuál ha sido ahora tu pacto con el sultán? ¿Qué le has dado a cambio del privilegio de conservar la vida?

—Le doy mi cariño. ¿Te parece poco…?

—Menos cuento, nena. Vamos a los billetes.

—Todos los occidentales sois unos cerdos materialistas. Aparte de mi cariño, yo le doy también lo que descubrió Sorensen. Lo explotaremos en común y sin pelearnos. Entre el sultán, Simpson y yo formaremos una magnífica compañía.

De pronto hizo un mohín triste.

—Pero me ha costado convencerle. No creas que él es un hombre fácil… Quería ejecutar también a mi hermano que estaba metido hasta el cuello en el lío. Afortunadamente he conseguido que lo perdonase.

—¿Con cariño?

—El cariño es lo más importante en la vida de una mujer, pocholo…

Lo abrazó de nuevo. Sus ojos, ebrios de pasión, rozaban casi el rostro de Clive.

Éste musitó:

—¿Cuándo debían relevar al pobre tipo que estaba en la puerta?

—Ése no se movía ya en toda la noche.

—¿O sea que tenemos tiempo hasta el amanecer…?

—No lo desaproveches, Clive.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Lo sé todo de ti, cariño. Excepto el amor que eres capaz de sentir por una mujer hermosa.

Clive puso la pistola muy cerca de sí, por si acaso. No se fiaba ni un pelo de aquella tigresa. Luego suspiró resignadamente:

—No me dejan vivir… —Gruñó—. Y pensar que, cuando ingresé en los federales, estuve estudiando dos años y a nadie se le ocurrió entrenarme para vivir en África.

Todos sus sentidos estaban alerta. No se dejaría sorprender esta vez. No dejaría un resquicio por dónde nuevamente pudieran alcanzarle como a un tonto.

Pero nada ocurrió. Mejor dicho, no sucedió nada anormal, capaz de ponerle en guardia o sorprenderle.

Cuando las primeras luces del amanecer se insinuaron sobre la pequeña capital, él se acercó a la ventana.

—¿Dónde podré meterme? —preguntó—. ¿En qué sitio puedo estar seguro?

Nina se desperezó voluptuosamente.

—Puedo sacarle del país.

—No, no voy a irme.

Ella apoyó en las manos su hermosa cabeza y preguntó directamente, sin rodeos:

—Quieres matar a Simpson, ¿verdad?

—He de matarlo o llevarlo preso a Estados Unidos.

—Haz lo más sencillo: Mátalo.

Clive entrecerró los ojos.

—¿Tú vas a ayudarme?

—Ajá.

—Por lo visto, ni la vida humana ni la lealtad, son las cosas que más valen en esta tierra.

—La lealtad nunca ha servido para nada —dijo desdeñosamente Nina—. Y en cuanto a la vida humana, aquí no es demasiado importante. Cada día nace más gente de la que puede vivir.

Clive Murdock seguía teniendo entrecerrados los ojos. Era imposible adivinar lo que palpitaba tras ellos.

—Si yo mato a Simpson habrá uno menos a la hora de repartir, ¿verdad?

—Claro que sí, querido. Veo que, además de fuerte, eres inteligente. Y fuerte, lo eres mucho.

—Voy a seguir siendo listo —musitó Clive—. Y de pronto me ha dado por imaginar que soy un simple instrumento en tus manos. Cuando te haya hecho el favor de matar a Simpson, tú me eliminarás a mí. El negocio te va a salir redondo.

—Ahora tienes ya demasiada imaginación, Clive.

—Supongo que no.

—Anda, no hablemos más de eso y dame las medias. Necesito vestirme.

—Dime dónde puedo estar oculto hasta encontrar a Simpson.

—En esta habitación no te molestará nadie.

—¿No viene por aquí el cerdo de tu dueño?

—No. Cuando él me necesita me llama.

—¡Qué lujos…! Está bien, me quedaré.

—Tras esa puertecita hay un magnífico cuarto de baño. Cuando yo lo deje libre, dentro de unos minutos, puedes usarlo. Creo que una ducha calmará tus nervios y hará que tu imaginación no se desate tanto.

—De acuerdo; gracias.

Clive estuvo muy atento durante algunos minutos, en prevención de que ella, desde el cuarto de baño, pudiera hacer una llamada al exterior, poniendo en guardia al palacio, pero nada sucedió. Cuando Nina apareció, poco más tarde, parecía nuevamente una diosa.

—Volveré a mediodía, cariño. No me olvidaré.

—¿Qué puedo hacer con el cadáver que ha quedado en la puerta?

—¿Y aún piensas en eso? Las mismas chicas de La otra habitación lo habrán ocultado ya. Cuando llegue el otro eunuco, le explicarán un cuento. Tienes más de veinticuatro horas de tranquilidad, hasta que por aquí se empiece a sospechar algo.

Clive sonrió, enseñando los dientes.

—Una sola cosa, cariño. Si en estas pocas horas intentas algo contra mí, te juro que te dejo seca.

—¿Y si te enviase a quince hombres armados? ¿Qué ocurriría?

—Que morirían esos hombres armados y una mujer desarmada.

Ella inspiró aire fuertemente, haciendo resaltar su poderoso busto.

—¿Desarmad a…?

—Es un decir —musitó Clive—. La verdad es que también puedes llevar armas.

Y volvió tranquilamente la espalda.

Acababa de oír un rumor que ya conocía, algo que le hacía recordar un suceso muy cercano y que sin embargo, parecía ya hundido para siempre en las brumas del tiempo.

CAPÍTULO VI

Era la voz de la gente que pasaba bajo la ventana, el rumor de la multitud que se iba congregando.

Como cuando él miró la calle desde el hotel. Igual que cuando distinguió por primera vez la muchedumbre que se dirigía lentamente hacia el lugar de la ejecución.

La idea saltó repentinamente al cerebro de Clive.

¿Ejecución? «¿Otra?».

Volvió la espalda, pero Nina ya no estaba allí. Buscó entonces con los ojos algo que pudiera servirle para lo que pretendía.

La única distracción de las mujeres de los harenes era mirar por las ventanas, y aún con ciertas limitaciones. No resultaría extraño, pues, que en alguno de los cajones de los armarios empotrados hubiera unos prismáticos. Clive buscó hasta encontrarlos unos minutos después. Se acercó a la ventana y miró con ellos.

Desde allí distinguía la plaza, con el patíbulo en medio. Aquel patíbulo no había sido retirado desde el día anterior. Al parecer, la «fiesta» continuaba.

Vio que, en torno al siniestro tablado, se había congregado una verdadera multitud.

No se sabía si aquella gente aullaba o guardaba silencio, porque la distancia era considerable. Pero seguramente el silencio era total, como el día anterior, en los momentos que precedieron a la muerte de un ser humano.

De pronto Clive vio, a través de los prismáticos, cómo un bulto cubierto por una túnica y una capucha era sacado del cuartel de policía.

¿El hermano de Nina?

¿Era posible que en los últimos momentos no hubiera sido perdonado? ¿Es que también iba a morir?

Clive no tuvo tiempo de pensar sobre eso. Todo ocurrió con

sorprendente rapidez.

El bulto fue situado junto a la cuerda, se le ciñó la soga al cuello y un instante después se abría la trampilla. El clamor de la muchedumbre sí que llegó ahora a oídos del federal.

También con una sorprendente rapidez, algunos tipos uniformados de negro procedieron a retirar el cadáver. La multitud se fue dispersando. Clive vio que el cuerpo era introducido en un pequeño edificio que estaba enfrente del cuartel de policía.

Murdock se mordió el labio inferior.

Había allí algo que no comprendía, algo que necesitaba averiguar a toda costa.

Calculó sus posibilidades de llegar hasta el edificio.

En los países árabes hay un espacio de tiempo tan silencioso como la más cerrada noche: la hora que sigue al mediodía, cuando el sol aprieta hasta abrasar los cráneos. Es el momento en que la gente dormita, que los negocios se paran, en que hasta los ventiladores cansados dejan de girar. El rato en que la vigilancia tal vez se relajase.

Como un león enjaulado, pero sabiendo que no le convenía moverse de allí, Clive Murdock esperó a que llegara aquella hora.

Observó que cada setenta minutos, salía un coche de una puerta situada casi justamente bajo su ventana, y que regresaba un cuarto de hora más larde. Sin duda estaba encargado del aprovisionamiento del palacio, y hacia aquellos recorridos de una manera regular y metódica. Clive se dijo que si después del mediodía la tarea de aquel vehículo aún no había acabado, él iba a tener suerte.

No terminó.

Toda la ciudad era un oasis de calma, de silencio, cuando él abrió la ventana para sallar sobre el techo del vehículo.

Inmediatamente notó el insoportable calor. Dentro, el aire refrigerado hacía que todo cambiase. Clive lanzó un par de maldiciones en voz baja mientras oía el runruneo del motor bajo sus pies.

Saltó cuando el vehículo salía. Inmediatamente, al oír el impacto en el techo, el conductor lo detuvo.

Iba a salir, cuando el cañón de una pistola asomó por la ventanilla y se le clavó entre las dos cejas.

Vio el rostro de un hombre blanco y unos ojos fríos y crueles que le miraban a poca distancia.

—Vas a conducir otra vez —ordenó Clive—. Vas a continuar hasta donde yo te diga.

—¿Quién… es usted?

—Soy uno de los que dan masaje a las piernas del sultán. Hala, adentro.

El otro obedeció. No le quedaba más remedio.

—¿Adónde quiere ir? —farfulló.

—¿Qué hay en el edificio donde han metido el cuerpo del ejecutado?

—Es… Bueno, allí existe un pequeño hospital.

—¿No me dirás que han ido a curar al muerto?

—No, señor. También hay… un horno crematorio.

Clive entrecerró de nuevo los ojos. Lo comprendía todo. Aquellos tipos pensaban no dejar a sus espaldas ninguna clase de huellas.

La sospecha que había empezado a sentir, crecía más y más en su cerebro.

—Vamos allí —dijo al conductor—. Y si intentas algo para llamar la atención, te juro que te mato.

—No haré nada, se… señor.

—Da un rodeo por el exterior de la población para que no nos vean por las calles.

—Como mande…

No había nadie en la ciudad, bajo el tórrido sol. Casi se veían las ondas de aire caliente subir poco a poco hacia el cielo terriblemente azul. En el silencio de la ciudad, el ruido del motor casi producía un estruendo.

Llegaron sin ser vistos ante el pequeño edificio blanco.

—¿Quién guarda esto? —preguntó Clive.

—Normalmente no hay centinelas, pero hoy quizá haya alguno.

—Entra.

—Yo… Yo tengo tres esposas y diecisiete hijos…

—Caray, menos mal que aquí no se paga el plus de familia numerosa… —mascullló Clive—. Vamos, entra y no tiembles tanto; ya procuraré que tus tres esposas no tengan que buscarse otro imbécil. ¿Qué puerta del patio da al horno crematorio?

—Ésa. La de la izquierda.
—Para el motor. Y acompáñame.
El chofer temblaba, pero no le quedaba más remedio que obedecer. Empujaron los dos la puerta tras atravesar el patio silencioso y desierto.
Dentro de la amplia habitación en que penetraron, el calor resultaba más insoportable aún. Era una especie de semisótano de gruesas paredes y sólidas columnas, en uno de cuyos costados había un horno parecido al de una panadería. De su boca abierta escapaban oleadas de asfixiante calor. Sobre una mesa de madera había un cuerpo rígido y medio tumbado, rifles.
Uno de ellos levantó la cabeza al oír el ruido de la puerta. Se quedó petrificado.
—No te muevas y no ocurrirá nada, hermanito —advirtió Clive.
Pero el otro tuvo un mal momento y pensó que sería mejor actuar. Intentó alzar su rifle.
Clive apretó el gatillo y también levantó algo, fue la tapa de los sesos de su enemigo.
El otro decidió aprovechar los escasos segundos de respiro que le daba Clive al estar pendiente de su compañero, y consiguió levantar el arma. Pero nuevamente la pistola más útil a corta distancia, sobre todo en manos de un tirador infalible como Murdock.
La bala hizo un orificio pequeño en la guarrera negra del policía, justo a la altura del corazón. Clive contempló su caída como un técnico en explosivos, observaría el desplomarse de una torre dinamitada.
Durante algunos minutos estuvo quieto, observando, pendiente de que los disparos hubieran sido oídos en alguna parte. Pero las gruesas paredes no dejaban atravesar los sonidos y al cabo de unos instantes se convenció de que podía estar tranquilo de momento. Entonces indicó al chofer que le ayudase.
—¿Qué quiere hacer?
—Entrar esos dos muertos en el horno crematorio. Tengo que simular que han desaparecido.
—¿No se le ocurrirá meterme a mí también…?
—¿Cómo iba a hacerlo? He de tener compasión de tus diecisiete hijos.
Entre los dos pusieron los cadáveres en una gran plancha de

metal que había a la entrada del horno, y levantándola ligeramente hicieron que los cuerpos se deslizasen al interior. Luego Clive cerró el portillo de hierro para evitar el olor.

Se acercó al cadáver del ahorcado.

Al arrancarle la capucha observó la crispación agónica del rostro. Vio el mechón de cabellos rubios que caía sobre su frente.

—Es un hombre blanco… —musitó—. Tiene facciones de americano…

Clive registró sus ropas. Esta vez los ejecutores no se habían preocupado ni de quitarle los documentos, dada la urgencia del caso. ¿Qué importaba, si al fin y al cabo, todo iba a ir poco después al horno crematorio?

Y aquellos documentos aclaraban muchas cosas.

—Richard Neck, de 25 años. —Leyó Clive lentamente—. Estudiante de Ingeniería. Vivía en el Estado del Missouri.

Para él la situación estaba bien clara. Otra vez había tenido lugar una sustitución monstruosa.

El pueblo creía que se había castigado a los culpables y escarmentaba ante cualquier otro intento de rebelión, mientras el negocio del petróleo se discutía en el harén del sultán, mediante alianzas que significaban la muerte para otros seres sin culpa.

Clive miró al chofer. La barbilla de éste temblaba.

—Éste no es… no es… —farfulló—, el que tenían que…

—¿A quién debían ejecutar hoy?

—A George Belacem. Era un traidor…

—¿El hermano de Nina, la que ahorcaron ayer? —Sí…

Clive lanzó un silbido.

—Comprendo, muchacho. Anda, lárgate a jugar al póker con tus tres mujeres y tus diecisiete hijos. Pero pórtate bien, ¿eh? Sin necesidad de tu ayuda, la población del mundo ya crece bastante aprisa…

—¿De veras me deja marchar, señor? ¿No me va a hacer ningún daño?

—Sólo le pido que pongas punto en boca. Y toma cinco dólares para que eches un trago.

El árabe tomó el crujiente billete como si estuviera sufriendo alucinaciones.

—¡Oh, gracias, señor! ¡Usted sí que es un buen amigo!

—Te equivocas, muchacho. Soy un enemigo.

—¿Por qué?

—Porque a lo peor, después de atizarte el trago, en lugar de tus tres mujeres ves a seis.

Y añadió roncamente:

—Pobrecillo…

El árabe corrió hacia la puerta y la abrió ansiosamente, pero en ese momento, quedó como petrificado antes de atravesarla.

Porque en el umbral acababan de aparecer dos hombres armados con metralletas.

Y ambos apuntaban a la cabeza de Clive.

CAPÍTULO VII

Fue Murdock el único que no se inmutó. Y quien distendió sus labios en una de aquellas sus extrañas sonrisas, suaves y desdeñosas a la vez.

Porque acababa de reconocer a uno de aquellos dos tipos. Por fin el destino los había enfrentado de nuevo, después de una persecución que le había hecho recorrer medio mundo.

Saludó:

—Buenas tardes, Simpson…

Simpson iba vestido como un europeo, pero sólo con pantalones y camisa blancos. Las mangas de la camisa iban recogidas, mostrando los brazos morenos y fuertes. Simpson se hallaba en el vigor de su juventud, aunque una incipiente calvicie le hacía desmerecer a ojos a las mujeres. La metralleta que llevaba al brazo era una «Thompson» último modelo, Clive sabía que a aquella distancia no podía fallar.

Simpson masculló:

—No pensé que fueras tan loco, Murdock. No creí que te metieses en la boca del lobo tú mismo.

—Otros dijeron parecidas palabras y ahora están rezando por mí en el cielo, amiguito.

—Yo no soy tan tonto como los enemigos que has tenido hasta ahora. Yo soy de los que disparan primero y hablan después. No me harás perder tiempo ni te servirá ninguno de tus trucos. ¡Vamos! ¡Camina hasta la pared! ¡Hacia la del horno!

Clive apretó los labios. Sabía que no tenía más remedio que obedecer. Sabía también que, en cuanto estuviera caminando, en terreno descubierto del todo, Simpson le liquidaría con una ráfaga.

Su compañero, un árabe de aspecto europeizado, se ladeó un poco para dominar la zona con su metralleta.

Clive volvió la espalda. Empezó a andar.

Sus músculos estaban tensos, todos sus nervios vibraban.

—Naturalmente, no podemos dejar con vida a tu amiguito —dijo secamente Simpson—. Quizá le has explicado demasiadas cosas.

—Él no sabe nada —murmuró Clive, sin volverse.

—¿Por qué te ha acompañado aquí?

—Yo le obligué.

—De todos modos, lo que ha visto es suficiente —sentenció Simpson—. Tú, Larvi, encárgate de él.

El llamado Larvi apoyó el cañón de su metralleta en el pecho del asustado chofer, quien se puso a aullar diciendo que él era un buen mahometano, padre de diecisiete hijos y esclavo de tres mujeres. Pero Clive adivinó que eso no iba a servirle de nada.

—¡Ten piedad de un pobre hijo de Alá! ¡Ese hombre me ha obligado a venir! ¡Yo no tengo ninguna culpaaaa…!

Simpson volvió la cabeza apenas un instante.

—Vamos, Larvi. ¿A qué esperas?

Aquellos breves segundos, su vacilación, fue aprovechada por Clive, Con el rabillo del ojo veía que Simpson había vuelto la cabeza. Instantáneamente se contorsionó y volcó la mesa donde estaba el cadáver de Neck.

La ráfaga se clavó en el cuerpo de éste, pero para el pobre Neck unas balas más o menos ya no tenían importancia. Los proyectiles produjeron un ruido sordo al clavarse en su cuerpo, y eso fue todo. Antes de que Simpson pudiera desviar el cañón de su metralleta, ya Clive estaba parapetado detrás de la gruesa mesa y había extendido la mano para apoderarse del rifle de uno de los guardianes muertos.

Simpson vio el peligro a tiempo. Sabía que Clive era un tirador infalible y que no convenía enfrentarse a él en un espacio cerrado. Por precaución, corrió hacia la puerta mientras ametrallaba inútilmente la mesa.

—¡Tira! —gritó a Larvi—. ¡Tú estás en mejor posición! ¡No te preocupes de ése!

Larvi se olvidó del chófer y se echó la metralleta a la cara. En efecto, él estaba en mejor posición porque podía ver a Clive. Pero el chofer se le abrazó a las piernas cuando iba a apretar el gatillo.

—¡Huye, amigo! ¡Mi coche sigue ahí fuera!

Larvi lanzó un gruñido y fue a desviar la metralleta de nuevo, para acabar con su molesto contrincante, pero en ese momento,

Clive hizo el primer disparo.

La cabeza de Larvi se abrió. Sólo se oyó en la sala una especie de gruñido, mezclado al estruendo del disparo.

Simpson, que se disponía a disparar desde la puerta, comprendió que ahora ya no tenía ninguna ventaja. Su enemigo estaba parapetado tras una enorme mesa que las pequeñas balas de la metralleta no conseguían atravesar, mientras que él se hallaba a descubierto.

En un abrir y cerrar de ojos había salido al exterior. El segundo disparo de Clive se estrelló inútil mente contra la puerta.

El chófer estaba mortalmente pálido. Su mandíbula temblaba.

—Buena la hemos hecho… ¿Dónde nos metemos ahora?

—Siempre habrá algún lugar. Y como tú me has salvado la vida, procuraré que ese sitio sea para ti lo mejor posible. ¿Qué es lo que aquí puede hacer uno con cien dólares?

¿Cien… dólares? ¡Con un billete así se puede ir uno a la «Casa de los Mil Placeres»!

—¿Qué es eso?

Pues… No sé cómo explicarlo… Yo tengo tres mujeres, ¿no? Bueno, pues allí puedo tener más.

—¿Está lejos de aquí?

—Al otro lado de la ciudad, pero podemos llegar sin que nos vea nadie.

—¿Y es un sitio seguro?

—¡A nadie se le ocurrirá buscarnos allí! ¡Y con ese dinero podemos estar al menos tres días!

Clive hizo un rápido cálculo de posibilidades. Era evidente que el árabe tenía razón.

Nadie supondría que él conocía la existencia de aquella extraña «Casa de los Mil Placeres». Por tanto no le buscarían allí.

Salieron al exterior con precaución, por si Simpson aún les aguardaba. Pero el único rastro que vieron de él fue la nube de polvo dejada por un automóvil que se alejaba velozmente.

—Ése irá a buscar ayuda —murmuró Clive—. Pronto Kadurs será para mí un sitio demasiado peligroso.

—¡Y menos mal que nadie ha oído los disparos! Esas paredes son tan gruesas que parecen las de una tumba.

Clive le miró otra vez.

—Oye, ¿tú cómo te llamas?

—Ahmed. ¿Quiere saber el nombre de mis tres mujeres?

—No, no… Guárdatelas, amigo. Son tuyas.

Subieron al automóvil y salieron de la ciudad, bordeándola. El calor seguía siendo agobiante, y por Kadurs no se veía un alma. Clive se dio cuenta de que, al cabo de unos minutos, regresaban a la ciudad por otro sitio.

Extrajo un billete de cien dólares y lo puso en las manos de Ahmed.

—Menos mal que los que iban a matarme la primera vez, no me robaron —dijo en voz alta—. Sin duda, pensaban hacerlo después de haberme baleado, Bueno, ¿dónde está esa famosa casa?

—Allí. Mire. ¿No es delicioso?

Lo único que Clive veía era un edificio cuadrado y amurallado, que estaba completamente pintado de blanco. Una enorme puerta daba acceso al recinto, y el coche se metió por ella.

Llegaron a un jardín central donde imperaba una maravillosa sensación de humedad. Plantas trepadoras adornaban las paredes, y en el centro había un estanque con nenúfares. Aquel jardín era cuadrado y todo él estaba rodeado de puertas. Unas cuantas mujeres vestidas a la usanza árabe correteaban por el lugar, y al ver el coche todas se ocultaron, riendo y desaparecieron cada una por una puerta.

Los ojos de Ahmed brillaron como bengalas.

—¡Eh! —preguntó—. ¿No es maravilloso? ¿Qué le parece?

—Muchacho, la verdad es que yo todavía no he visto nada.

—¡Claro! ¡Esas chicas son tan tímidas! ¿Pero no le han parecido guapas?

—Sí, sí… Reconozco que sí —murmuró Clive, mientras miraba el edificio con ojos críticos, buscando el mejor lugar para ocultarse.

Pensó que, ante todo, había que hacer desaparecer el coche. Simpson lo había visto, y era un peligro demasiado grande tenerlo allí, en el jardín, ante todo el mundo.

—Aquellas chicas eran estupendas —insistió Ahmed.

—Claro que sí, muchacho, claro que sí… Dime en qué habitación de esas puedo entrar para que no me encuentre nadie.

—En ninguna.

—¿Ah, no?

—Tampoco puede acercarse a ninguna de las chicas que antes ha visto. Nadie puede hacerlo, y por eso se han ocultado tan pronto. Pertenecen al soberano de Kadurs.

—¡Vaya, hombre! ¿Y entonces por qué insistías tanto en si eran guapas o feas?

—Quería que usted se diese cuenta de que este país es estupendo.

—Ya veo, ya veo… Todo es fantástico. El clima, el agua, las mujeres del sultán… ¡No me movería de aquí en toda la vida, muchacho! Oye, ¿por dónde se puede escapar uno?

—Ustedes, los americanos, siempre están de broma. Y ninguna cosa sería les interesa. Ni siquiera me ha preguntado por qué el sultán tiene aquí unas mujeres que son suyas.

—Será para que le dejen tranquilo, supongo.

—Son chicas que proceden de las tribus del interior. Sus padres las vendieron. Cuando llegan aquí son semisalvajes, y necesitan que alguien las eduque. El soberano es un hombre muy fino.

—Ya me voy dando cuenta. Pero oye, ¿dónde metemos el coche?

—No se preocupe. Ellas mismas lo harán desaparecer y no dirán nada a nadie. La primera cosa que la mujer musulmana tiene que aprender, es el silencio.

—¿Las tuyas callan?

—No, no… Las mías hablan todo el día. Y mandan más que un general del Profeta. Pero son unas malas musulmanas. ¿No las querríais en Norteamérica? A lo mejor allí, con un poco de suerte, las atropella un coche.

—Ya hablaremos de eso luego, Ahmed. Y ahora dime dónde podemos ocultarnos hasta que se haga de noche. Si a esas chicas que dices no hay quien se acerque, ¿en qué otro sitio podemos meternos?

Ahmed señaló una puerta mayor que las otras.

—Allí. ¡Prepárese a ver maravillas! ¡Todos los turistas americanos se pasan semanas en ese lugar!

Abrió aquella puerta, y entonces Clive pensó que si allí entraba algún turista americano debía ser ciego o no tener olfato. Porque el olor a espesos perfumes orientales era irresistible, y las cuatro o cinco ninfas que se les acercaron, vestidas todas con velos transparentes, debían pesar cada una alrededor de dos toneladas. Su

edad resultaba indefinible, pero debían frisar los cuarenta.

Los ojos de Ahmed seguían brillando como bengalas.

—¡Eh! ¿Qué le parece? ¿Tenía razón o no, amigo?

—¡Claro que sí, chico! Inmediatamente voy a telefonear al Estado mayor de mi país.

—¿Para qué?

—Para decirles que aquí tienen la mejor división de tanques que nunca soñaron. ¡Es una magnífica oportunidad para que mi país gane la futura Gran Guerra!

—¿Tanques? —refunfuñó Ahmed—. ¿Qué tiene que ver eso con unas mujeres tan femeninas y tan dulces?

—Yo sé lo que me digo, muchacho… Oye, ¿y aquí no hay ventanas?

—No. ¿Para qué?

—Entonces, ¿por dónde se escapa uno?

—Estoy viendo que esto no le gusta —refunfuñó Ahmed, con amargura—. Ahora me doy cuenta de que los occidentales no saben apreciar la auténtica belleza. Mire a Saila, ¿no es maravillosa?

La llamada Saila era la de mayor tonelaje, y en aquel momento se acercaba a Clive a paso de carga. Sin duda aquel americano alto y fuerte era el hombre de sus sueños. Clive tuvo que hacer una finta para no morir aplastado bajo aquel buque ballenero. Luego extrajo otro billete de cien dólares, igual que el que había dado a Ahmed.

—¡Oh, cariño, tú sí que eres un hombre de verdad! ¡Saila te cuidará como si fueras su hijo!

—Es que por la edad podría serlo —masculló Clive—. Oye, muchacha, ya sé que esto quizá sea pervertir tu inocencia primaveral, pero deberíamos hacer un trato.

—¿Qué clase de trato?

—He oído decir que todas las musulmanas guapas saben música.

—Sí. Yo toco el laúd.

Pues si tocas bien, tendrás esos cien dólares. Pero con una condición: Yo sólo oigo bien la música a una distancia de diez metros. Soy duro de oído. Si te acercas a menos de diez metros, me fastidiarás el plan. ¿Te parece bien el trato?

—Desde luego que sí, cariño. Entra.

Lo tomó de la mano, y Clive se vio arrastrado tomo por una grúa a una habitación llena de cojines donde el olor a incienso y a

perfume oriental era casi asfixiante. Antes advirtió a Ahmed que no debía salir de la casa hasta que él le avisara.

Saila tumbó a Clive sobre aquellos cojines con tanta delicadeza que por poco lo desnuca. Luego ella tomó asiento a su vez, a respetable distancia, y se puso a tocar un laúd. La musiquilla era infernal, pero Clive pensó que al menos con aquello salvaba la vida.

Miró ansiosamente en torno suyo.

—¿Qué buscas, cariño? —preguntó Saila.

—Alambre de espino.

—¿Para qué, amorcito?

—Para hacer una alambrada delante de mí.

Ella infló el pecho, con lo cual su volumen pareció aumentar en varias toneladas más. Si Clive llega a ser empresario de lucha libre, contrata a aquella mujer para actuar en un *ring* y al cabo de un año se hincha de ganar dinero, porque ya es campeona del mundo.

—Oye, guapo, me parece que tú a mí me tienes un poco de prevención.

—Al contrario, lo que tengo es miedo de mí mismo. ¡Eres irresistible! ¡Quisiera estar detrás de una alambrada porque de lo contrario sé que voy a hacer una locura!

—¿De veras, cielo? ¿Te parezco irresistible de verdad? ¡Mis compañeras tenían que oírte! ¡Las muy envidiosas me acusan de estar delgaducha!

—Habladurías, habladurías… —Gruñó Clive—. Cualquiera ve que estás en tu punto. Lo que les ocurre es que tienen envidia porque tú, para pasar, necesitas una puerta más grande. Hala, sigue tocando el laúd, nena. No sabes lo que para un hombre apasionado como yo, significa esa música.

Y se dispuso a dormir. Lástima que, a falta de alambres, no pudiera establecer entre Saila y él un campo de minas. Pero hubiera necesitado minas para tanques, y encontrarlas era imposible.

Cuando llegó la noche, Saila aún seguía tocando el laúd. Clive le dio ciento cincuenta dólares y un cachetito en la mejilla, pero a distancia, para que ella no le atrapase.

—¿Ya te vas, cariñín?

—El deber me llama, pocholita.

—¿Qué clase de deber?

—Tengo una entrada para un concierto de laúd. No puedo perdérmelo.

Y salió corriendo, antes de que la otra le alcanzase con un zarpazo.

Fue entonces en busca de Ahmed, quien puso muy mala cara al pensar que se había terminado la juerga.

—¿Es que nos vamos ya?

—Tú quédate, muchacho. Hombres como tú hacen falta para que el Ejército de este importante país tenga nuevos reclutas. Yo aún quiero hacer algo esta noche. ¿Ha habido novedad?

—Ninguna. Están registrando todo Kadurs, pero a nadie se le ha ocurrido venir aquí. Es lo que yo suponía.

—Puede que vuelva —dijo Clive—. Al fin y al cabo es un buen refugio. Tú quédate aquí.

—No sabe cuánto se lo agradezco, jefe. ¡Es usted un tío! ¿Qué le ha parecido Saila?

—Maravillosa, muchacho. Es la cosa más grande que he visto desde que cierta vez me invitaron a visitar el portaviones «Forrestal». Y ahora, abur.

Salió al jardín central. Vio que, en efecto, el coche había desaparecido, y que incluso habían sido borradas las huellas de las ruedas. Fuese quien fuere la mujer que gobernaba aquella casa, prefería no buscarse conflictos con un súbdito del tío Sam.

Clive llegó a la calle. Todo estaba silencioso, aunque por el centro de la pequeña ciudad debían patrullar hombres armados. Aguardó aún algunos instantes, quieto, pegado a la pared, para convencerse de que no le habían tendido una trampa.

Luego echó a andar.

El silencio era total, sólo roto por algunas ráfagas de viento que llegaban del desierto.

Ahora la temperatura había refrescado en gran manera, al igual que la noche anterior, y Clive sentía un fuerte hormigueo en el estómago. Se daba cuenta de que no había comido nada en las últimas veinticuatro horas.

Quizá Nina Belacem podría proporcionarle algo de alimento.

Buscó la ventana que horas antes había empleado para huir, y vio que estaba abierta. Seguía teniendo suerte por el momento. Se encaramó por los salientes y los adornos en yeso del edificio y llegó

hasta aquella ventana.

Nina Belacem estaba tumbada en un amplio diván, con una mesita al lado. En ella había una botella de *whisky*, un cubo con hielo, un paquete de «Camel» y un tocadiscos que funcionaba en sordina. No parecía una concubina árabe, sino una chica de Manhattan que se distrae después de salir de la oficina. Iba vestida a la europea, y no se preocupaba en absoluto de la posición de su falda. Cualquier semejanza entre ella y una chica decente sería simple coincidencia.

Nina apenas varió de postura al verle.

—Te estaba esperando, amor.

—No sabes lo que me ilusiona eso, cariño. Volver al hogar es siempre lo más estupendo para un hombre casado como yo.

—Veo que sigues con la misma cara de piedra de siempre. Entra y cierra la ventana. ¿Sabes que has armado un cisco de mil demonios?

—¿Por qué?

—Toda la ciudad te busca. Ahora saben que no has marchado de Kadurs.

—Pues que me busquen. Mientras no se enteren de que estoy aquí…

—La cosa no está tan clara como tú piensas. Nadie imagina que hayas podido tener la osadía de meterte aquí, pero pronto registrarán también esto. Y además no has conseguido matar a Simpson.

—He tenido mala suerte, nena. Por cierto. Mientras espero a que me maten, ¿no podrías darme algo de comer?

—Ya he pensado en eso.

Nina hizo sonar una campanilla, e inmediatamente la puerta se abrió. Una de las chicas que Clive había visto la noche anterior apareció en el umbral. Dirigió al joven una rápida y relampagueante mirada. Desde luego, ésta no era como el buque ballenero de la casa donde estaba Ahmed.

Clive hizo un gesto con las manos, disculpándose.

—Lo siento, chica, ya ves que los problemas no me dejan vivir. Pero yo te prometo que vendré a buscarte. Dentro de poco pienso hacer liquidación total por fin de temporada.

Ella sonrió, pero volvió a ponerse sería cuando Nina le dio

rápidas órdenes en un dialecto árabe que Clive no comprendía.

Luego desapareció.

—Le he dicho que te trajese algo de comida —explicó Nina, cuando la puerta se hubo cerrado—. Y ahora, ¿puedes explicarme cuáles son tus proyectos?

—En primer lugar decirte que tú y tu hermano habéis hecho otra canallada.

—¿A qué te refieres?

—Él también está en el lío, ¿no? También han querido hacer un «escarmiento» ante el inocente pueblo, pero conservando toda la camarilla que va a repartirse el dinero del país.

—¿De qué te extrañas? Era natural que yo intentase salvar a mi hermano. Ya te dije anoche que había conseguido que el sultán lo perdonase.

—A costa de la vida de un pobre imbécil. ¿Quién os lo ha proporcionado?

—¿Proporcionar el qué?

—El pobre tipo que fue ahorcado esta mañana. Estoy seguro de que no vino a Kadurs como turista.

Ella se encogió de hombros.

—Esas cosas siempre las proporciona la señora Rollston.

—¿Quién es esa mujer?

—A ti ya no te interesa. Ha pasado de los cuarenta.

—¡Hum! A mí me empiezan a gustar ya maduritas, nena. Dame su dirección.

—¿Para qué quieres saberla? Tú mismo estás persuadido de que no vas a salir vivo de aquí.

—Por eso mismo. Quiero dejar algo en mi testamento a la tal señora Rollston.

—Vive en Adén, en el número 39 de la calle Aboukir. Es un hermoso chalet desde el que se domina todo el puerto.

—¿Y cuál es su negocio?

—Proporciona víctimas.

Clive Murdock se acarició la mandíbula. La lista de las maldades humanas es interminable, pero aún no había oído mencionar nunca aquel nuevo oficio. Proporcionar víctimas, ¿a quién?

Nina misma se lo explicó con gesto aburrido.

—En el mundo hay multitud de nuevos Estados ahora,

muchacho. Demasiados Estados, si hemos de ser justos. Algunos de ellos no tienen Ejército, ni organización; dependen sólo de una serie de circunstancias que pueden variar en un solo día. ¿Tú entiendes la política de Sukarno en Indonesia? ¿Sabes quién manda allí? No, ¿verdad? ¿Y en el Congo? ¿Cuántas veces te habrás vuelto loco intentando descifrar su política? ¿Y qué me dices de Nigeria, de Kenya, de Uganda?

—No hace falta que sigas, preciosidad. Las clases de Geografía ya me las daban cuando era pequeño.

—Lo que intento decirte es que los gobiernos de esos países se sostienen a veces por un milagro de equilibrio que puede variar de un momento a otro. Por ejemplo, el enemigo de la oposición puede ser amigo mañana, y al revés. Muchas veces, a esos gobernantes les conviene hacer pactos secretos y perdonar vidas, para ellos, a su vez, ser perdonados más tarde. Todo es un juego, pero, sin embargo, a esos pueblos impresionables y nuevos hay que darles sensación de firmeza. Tienen que llegar a la conclusión de que nadie puede luchar contra el poder establecido.

—Ya entiendo. Y voy adivinando lo que hay detrás de todo esto.

—Hace poco fueron ejecutados en público cuatro exministros en el Congo —siguió diciendo Nina—, pero algún periódico, y creo que entre ellos el importante «Journal de Genéve», insinuaron la sospecha de que los ahorcados hubieran sido otros, es decir, unos desdichados, mientras los exministros seguían con vida. Bueno… Creo que la situación te parecerá clara ahora. Una mujer como la señora Rollston está en situación de facilitar a quien se los pida, hombres o mujeres solitarios y desarraigados por los que nadie preguntará jamás. Es como el que vende una res para el matadero, pero a buen precio. A nosotros nos vendió a ese tal Neck. Y es posible que muy pronto nos proporcione una mujer, porque el pueblo comenta que había más personas complicadas en el golpe de Estado. Una nueva ejecución pública calmará los ánimos definitivamente. No habrá quién se atreva a chistar en varios años, mientras una coalición de personas inteligentes gobierna el país y explota su petróleo.

Clive le dirigió una sonrisa cuadrada, que era imposible descifrar.

—Personas inteligentes entre las cuales te encuentras tú,

¿verdad? Y tu hermanito. Y Simpson.

—Simpson debía haber muerto ya. Tú has sido idiota.

—Y tú eres una hermosa hiena, muchacha.

—¿Has venido a insultarme? ¿Es que no te das cuenta que estás en mis manos? ¿No sabes que puedo hundirte con sólo hacer un gesto?

—Muy bien; hazlo.

En aquel momento se abrió la puerta. La muchachita árabe entraba arrastrando un carrito de tipo occidental, sobre el que reposaban dos bandejas de plata tapadas y un cubo con hielo en el cual había una botella de champaña.

—Esto tiene aspecto de ser un auténtico banquete —elogió Clive—. Sugiero que por el momento dejemos de pelearnos.

—Claro que sí —dijo Nina—. Eres tú el que busca camorra. Vamos, siéntate y come algo. Te hace falta.

El mismo carrito, que era amplio, podía servir de mesa. La muchachita trajo una banqueta, en la cual se sentó Clive. Luego ella desapareció con una sonrisa que tenía algo de doloroso y de extraño, algo que Clive no supo comprender.

Nina alzó la tapa de una de las bandejas. Había allí un verdadero desayuno americano, capaz de reconfortar a cualquiera: tres huevos fritos, tocino, dos clases de mermelada, pan tostado y además un filete qué debía haber pertenecido a una vaca sagrada, a juzgar por su tamaño.

Clive susurró:

—Bueno, no puedo negar que eres hospitalaria…

—No me gusta que te caigas de debilidad por ahí… Anda, come.

No es necesario decir que Clive tenía un excelente apetito, después de tantas horas de dieta, y además la comida era de auténtica calidad. Incluso el champaña era francés legítimo, y además de la cosecha de 1930.

—¿No quieres comer tú algo? —preguntó Clive.

—No. Sólo tomaré una copa.

Alzó con dos dedos aquélla en que había bebido Clive, la rozó con sus labios y luego musitó:

—A tu salud. Para que vivas muchos años.

Bebió de un trago. Luego volvió a depositar la copa. Sus ojos brillaban como los de una tigresa.

—Hum… Veo que has terminado con todo. ¿Tienes más apetito?

—Casi te diría que ya no.

—De todos modos has de probar lo que hay en esa otra bandeja. Es una especialidad. Te gustará.

—Bueno, si tú la recomiendas…

Ella levantó la bandeja, sujetando también la alta tapa de plata que la cubría.

—Una auténtica especialidad. Luego me agradecerás haberla probado. Cierra los ojos.

—¿Es una sorpresa?

—Sí, cariño. Una sorpresa.

Clive los cerró. Calculó que ella tardaría un par de segundos en levantar la tapa.

Y al cabo de un instante ya había abierto los ojos de golpe, mientras se lanzaba brutalmente a tierra.

La serpiente venenosa que había saltado de la fuente, voló materialmente por el aire y cayó a su lado con las repulsivas fauces abiertas. Un solo segundo de vacilación, un instante de duda, y aquellos dientes ponzoñosos se habrían clavado en su cuello. Una muerte rápida y sin ruido. Una auténtica «especialidad de la casa».

Nina Belacem, muda de asombro, rechinó los dientes al darse cuenta de que había fallado su golpe.

Pero aún podía dar resultado. La serpiente aún estaba viva. Y se encontraba apenas a medio metro de la cabeza de Clive.

Éste comprendió, en terribles fracciones de segundo, que ya no tenía tiempo de saltar, porque el repulsivo bicho siempre sería más rápido. Lo único que pudo hacer fue colocar instantáneamente entre él y el reptil la bandeja de plata que Nina había dejado caer cuando saltó el ofidio.

En aquel mismo instante, la serpiente se ponía en movimiento ya. Su panza se posó en la bandeja de plata, mientras tendía el cuello hacia Clive.

Éste confió en que la plata fuese de primera calidad, finísima y sin ningún relieve. En efecto, lo era.

Las serpientes necesitan posarse sobre una zona ligeramente rugosa para poder avanzar. De otro modo, las escamas de su vientre resbalan. Y así, por ejemplo, el más peligroso reptil puede resultar inofensivo sobre un cristal o sobre una superficie de metal muy

pulido, ya que cada vez que hace un esfuerzo para avanzar, su cuerpo resbala.

Fue eso lo que sucedió ahora.

El bicho se retorció, silbando furiosamente, mientras la superficie de plata le impedía avanzar. Luego logró contorsionarse y saltar materialmente al aire, pero Clive ya había tenido tiempo para ponerse en pie y pasar también al ataque.

Si allí sobraba alguna cosa, eran alfombras. De modo que levantó una de ellas y la arrojó sobre la serpiente, que empezó a moverse debajo, prisionera, produciendo en la superficie una especie de oleaje viscoso y repulsivo, Pero Clive sabía que ahora ya no podía hacerle ningún daño.

Levantó un cojín, lo puso sobre la parte correspondiente a la cabeza de la serpiente, y apretó con fuerza. Luego se sentó tranquilamente encima. Los movimientos de la cola se fueron haciendo espasmódicos, hasta que al fin cesaron por completo. La serpiente que había de matarle a él, había muerto por asfixia.

Nina Belacem, miraba todo aquello con ojos dilatados por el asombro. No se atrevía a intervenir porque sabía que Clive Murdock iba armado. Él la mataría fríamente antes de que pudiera llegar alguien en su ayuda.

El federal se puso al fin en pie.

Su rostro era como una máscara.

—Cuando decida matarte sabré que tengo toda la razón, Nina Belacem —dijo suavemente—. No vuelvas a tentar al destino. Si supieras lo que me gusta apretar el gatillo te estremecerías.

—¿Es que no… no vas a matarme… ahora?

—Puede que me decida a esperar un poco todavía. Quizá quiera preguntarte antes qué infiernos pretendías.

—El sultán te busca. Yo… yo quería demostrarle que… que le soy fiel.

—Hubiera sido un hermoso rasgo entregarle la cabeza de su enemigo, ¿verdad?

—He tenido… un mal momento.

—Peor lo tendrás cuando te mate, cariño. Porque puedes estar segura de que te mataré. Y ahora disponte a pasar la noche aquí, conmigo. Pero no te hagas ilusiones porque no voy a rozar ni un centímetro de tu repulsiva piel de hiena. Vas a servirme para otra

cosa.

—¿Para qué?

—Llamarás a Simpson.

Nina se estremeció.

—¿Qué pretendes hacer?

—Imagínalo.

—No tratarás de matarlo…

—¿Por qué no? Me ordenaron en Washington que lo atrape vivo o muerto, y yo, buen chico como siempre, he pensado que muerto meterá menos ruido.

Ella se estremeció. Se daba cuenta de que ahora estaba en un callejón sin salida.

—Es demasiado peligroso —dijo, sin embargo—. No vendrá.

—Tú llámalo.

Ella se resignó. No podía desobedecer aquella orden, después de saber que Clive estaba dispuesto a matarla.

Éste descolgó el teléfono, perfectamente moderno y occidental, que había sobre una de las mesitas.

—Y hazlo en un árabe que yo entienda —dijo secamente—. Si empleas el mismo dialecto que con aquella muchacha, a la segunda palabra te vuelo la cabera.

Nina no se atrevía ni a mirarle. Disco un número y tuvo que esperar algunos minutos.

Al fin alguien contestó. Debía ser Simpson, porque ella le pidió con toda claridad que viniese al instante a sus habitaciones privadas. Tenía que decirle algo muy urgente.

Luego colgó.

—Tardará diez minutos —dijo con suavidad.

—Muy bien. Esperaré.

Clive tomó un grueso cojín y envolvió casi completamente en él su pistola. Aquello ahogaría el ruido, sin que los disparos fueran por ello menos eficaces. Nina seguía mirándole como a un ser de otro planeta.

—¿Vas a matarle así, a sangre fría?

—¿No querías que lo hiciese?

—¡Pero no aquí! ¡He sido yo la que le ha traído a la trampa! ¡Eso me compromete!

—No desesperes aún, preciosa. A lo mejor me mata él a mí.

Sabía que Simpson no vendría desprevenido. Aun habiéndole llamado la propia Nina, sentiría desconfianza. Por eso Clive no se extrañó en absoluto cuando la puerta se abrió de repente y tres hombres aparecieron en el umbral. Los tres empuñaban largas pistolas provistas de silenciadores. A guisa de precaución dispararon desde el umbral, sin entrar siquiera, rociándolo todo con sus balas y llenando la habitación de secos y brutales taponazos.

Naturalmente no tiraron contra Nina, que les miraba aterrorizada desde un lado de la habitación. Ni descubrieron a Clive, que precisamente al abrir ellos, había quedado tras una de las hojas de la puerta.

Simpson pareció tranquilizarse al fin.

Entró y miró cara a cara a Nina Belacem. Ésta aparecía mortalmente pálida.

—¿Qué es lo que quieres a estas horas? ¿Qué clase de imbecilidad se te ha ocurrido?

—El de las imbecilidades eres tú. Podías haberme matado.

—Mis hombres y yo sabemos dónde tiramos. No corrías ningún peligro.

—Está bien… ¿Por qué no te sientas, Simpson? ¿Y por qué no cerráis la puerta?

—Déjala abierta. Me siento más tranquilo así.

—Como quieras…

Simpson fue a sentarse. Pero en ese momento vio la bandeja de plata en al suelo, y sobre el carrito los restos de una comida.

—¿Quién ha estado aquí?

—Yo —dijo secamente Clive.

Acababa de dar un seco puntapié a la puerta, apareciendo ante sus tres enemigos. Dos de éstos levantaron sus armas.

No llegaron a hacer nada más.

Clive ya los tenía encañonados, y sólo necesitó apretar el gatillo dos veces. El almohadón ahogó los disparos, que sonaron como si alguien tosiera dentro de la habitación. Los dos hombres soltaron sus armas casi a la vez, mientras dos bruscas manchas rojas aparecían en sus pechos, justo a la altura del corazón.

Simpson estaba materialmente petrificado. No había esperado aquello y no se decidió a actuar en el primer momento.

La pistola con silenciador era como una cosa muerta e inútil

entre sus dedos cuando Clive avanzó los pasos hacia él, apuntándole fríamente. Simpson retrocedió.

Sus facciones eran espantosamente blancas. Parecían de papel.

—Lo siento —musitó Clive—. Me dijeron «vivo o muerto».

—¡No dispares! ¡Yo… yo te sacaré de aquí! ¡Es ella, es Nina Belacem la que lo ha organizado todo!

—Entonces, ¿qué debo hacer? ¿Matarla a ella?

—No te fíes, Clive… ¡Ella es una zorra! ¡Liquídala! ¡En cambio yo puedo ayudarte…!

Clive le cortó secamente.

—Me dijeron vivo o muerto —repitió—, y yo he jugado la cosa a cara o cruz.

Los labios de Simpson temblaban espasmódicamente.

—¿Y… y qué?

—Lo siento, chico. Ha salido «muerto».

Simpson quiso reaccionar, intentó aún alzar su pistola, en un último gesto de defensa, pero nada consiguió ya. Era demasiado tarde para todo, excepto para morir.

Clive Murdock disparó tres veces.

CAPÍTULO VIII

Cuando Simpson hubo caído, mortalmente alcanzado en el corazón, Clive Murdock volvió sus ojos hacia Nina.

Ésta respiraba agitadamente. Sus labios temblaban. Se había llevado una mano a la garganta, para ahogar el alarido que estaba a punto de brotar de ella.

Sabía que Clive la mataría si ella gritaba y ponía en conmoción la casa.

Pero Murdock dejó caer el almohadón al suelo. Parecía dispuesto a no tirar más. Comprobó que aún quedaban dos balas en el cargador y una en la recámara, y guardó la pistola.

—Ahora voy a necesitar otra vez tu ayuda, Nina —susurró—. Y puede que con ello salves tu vida.

—¿Qué he de hacer?

—Ante todo, he de fotografiar a este hombre de modo que no ofrezcan dudas ni su identidad ni su muerte. En Washington habré de justificar el fin de mi misión con esas fotos.

—Comprendo.

—Lo primero que me hace falta, pues, es una máquina con «*flash*».

—Podré conseguírtela.

—La segunda cosa que necesito es un vehículo para trasladar el cadáver de Simpson bien lejos de aquí. No me interesa que el pastel sea descubierto hasta que yo esté fuera del país.

—Lo del vehículo ya es algo más difícil, pero…

—Yo sé dónde hay uno —le cortó Clive—. Tú, sin duda, conoces una especie de casa de los placeres que hay en las afueras de la ciudad.

—Claro que la conozco, pero…

—Envía a una de esas chicas allí. Tiene que preguntar por un tal Ahmed. Él deberá venir aquí con su coche sin pérdida de tiempo.

—¿Sólo es eso?

—Nada más por el momento. Ya ves que molesto poco. Hasta cuando tengo que apiolar a un tipo como Simpson lo hago sin meter ruido.

Nina salió. Clive la vio hablar con una de las asombradas y asustadas muchachas que había en la habitación contigua, y a las que él conocía desde la noche anterior. Una de ellos, o quizá todas, sabían que había una serpiente bajo la tapadera de plata cuando la cena fue servida a Clive. Una, o quizá todas, podrían haber sido responsables de su muerte, por lo que merecían un balazo entre las cejas. Pero a Murdock le repugnaba matar mujeres, incluso cuanto el pellejo le iba en ello. Decidió que por el momento olvidaría aquel asunto.

La muchacha con la que había hablado Nina, se alejó.

Aunque Clive no había oído la conversación, estaba convencido de que ahora la pérfida Nina no podía haber preparado una nueva trampa. Ahmed vendría con el coche, y de éste se podía fiar. Con un poco de suerte, estaría fuera del país aquella misma noche.

Pasaron cinco largos minutos hasta que la misma muchacha volvió, trayendo una magnífica máquina fotográfica provista de *flash*. Era una «Leica» con teleobjetivo aplicado. Podría fotografiar con aquello hasta los poros de la cara de Simpson.

—Ahora ve a buscar a Ahmed —dijo Nina—. Vamos, no pierdas tiempo.

Clive pensó que las cosas marchaban bien. ¡Al fin podía empezar a confiar un poco! Manejó la cámara e hizo un par de docenas de fotos del cadáver y de la habitación en que se encontraba, de modo que todo pudiera apreciarse perfectamente. Aquellos documentos gráficos, unidos a su informe, bastarían para dejar el asunto resuelto en Washington. Nina le miraba hacer en silencio, sin intentar escapar.

Luego Clive terminó de hacer pasar el resto de film, abrió la máquina y extrajo el carrete, guardándolo en uno de sus bolsillos.

Luego miró a Nina.

—¿Por qué tarda tanto en llegar Ahmed? Desde aquella casa hasta aquí no hay más que cinco minutos en su coche.

—Debía estar escondido y han tenido que sacarlo. Ahora comprendo por qué la policía no te ha descubierto en tantas horas.

Nadie podía imaginar que estuvieras allí.

—Y no lo hubiera logrado sin la ayuda de Ahmed. Ignoraba la existencia de ese sitio.

En aquel momento se oyó, en el silencio de la noche, el runruneo del motor de un coche. Clive abrió la ventana y se asomó por ella.

Era el cacharro de Ahmed. Y éste le hacía señas desde abajo, sacando la cabeza por la ventanilla.

Clive le indicó que parara el motor y esperase.

El silencio y la soledad seguían siendo totales, Nadie, en el pequeño país, podía imaginar cuál era el paradero de Clive. Lo buscarían por todas partes, pero allí nunca.

El joven cargó con el cadáver de Simpson y lo arrojó por la ventana. Aquel cuerpo produjo una especie de chapoteo siniestro al caer sobre la tierra blanda.

Luego Clive se dispuso a saltar también.

—Por esta vez salvas la vida, Nina —dijo mirando a la muchacha—, pero no juegues a cara o cruz nunca más. Te podría ocurrir como al pobre Simpson.

—¿Crees que ahora te he preparado también una trampa?

—No, imagino que ahora no. En realidad no has podido.

—De todos modos no te fíes, Clive. Sentiría que muriese un hombre como tú, porque la verdad es que tienes bastante mejor aspecto que el sultán. Pero yo hago siempre lo que me conviene, no lo que me gusta.

—Espero que sigas haciéndolo muchos años. Y ahora hasta nunca, nena. Que tu sultán y tú seáis muy felices.

Saltó él también. Cayó junto al cadáver y miró al sonriente Ahmed.

El coche, una especie de furgoneta para transportar mercancías, vendría que ni pintado para llevarse lejos aquel cadáver.

—Siento haberte sacado de allí, Ahmed —se disculpó—. Espeto que hayas tenido la suerte de no haber caído en brazos de Saila.

—Saila estaba llorando desconsolada porque decía que usted no le había hecho caso.

—Bueno, bueno, no hay que ponerse así… Cuando vuelvas a verla, le dices de mi parte que haré, un viaje ex profeso solo para saludarla otra vez. Y que estoy seguro de que hace un par de siglos

debió ser una chica para chuparse los dedos.

Fue a abrir la portezuela posterior del vehículo, para cargar en él el cadáver.

Ahmed dijo en aquel momento:

—Vaya un nuevo ayudante que se ha buscado, ¿eh?…

A Clive le extrañaron aquellas palabras, pero ya no tuvo tiempo para averiguar su exacto significado.

Los acontecimientos se precipitaron. Fue todo como en una veloz y extraña pesadilla.

CAPÍTULO IX

Del interior del vehículo acababa de surgir un hombre vestido de blanco, con ropas puramente árabes. Ese hombre tenía la mirada más negra, más extraña y siniestra que Clive Murdock había visto en todos los días de su vida. Y en la mano derecha empuñaba un largo cuchillo.

Sin una palabra, sin un gesto, sólo con un relampagueo de su inquietante mirada, el desconocido se arrojó sobre Clive.

Estaba dispuesto a matar. El acero de su cuchillo relampagueó a la luz de la luna.

Clive no tuvo tiempo ni para pensar esta vez, y fue sólo su instinto lo que le salvó. Mecánicamente dio un salto hacia atrás, ladeándose, mientras el cuchillo volaba hacia él. La hoja de acero le rozó la garganta y luego pareció perderse en la noche. El desconocido lanzó un gruñido de fiera insatisfecha.

Ahmed gimió desde el volante:

—¡Yusuf! ¡Eso es imposible, Yusuf!

Como si todo aquello lo pensara otro, Clive comprendió que el tal Yusuf debía ser el hombre que intentaba matarle. Desde luego no lo había visto jamás. Tampoco comprendía cómo Ahmed había podido traerlo hasta allí si Ahmed era un hombre fiel.

Pero todo aquello eran pensamientos, y ahora sólo quedaba tiempo para la acción. Clive dio un nuevo salto hacia atrás, esquivando cómo pudo la nueva acometida, mientras su mano derecha volaba a la funda axilar.

Pero no podía usar un arma de fuego. Pondría en conmoción a todo el edificio. Cualquier cosa que ocurriera allí, tendría que suceder en completo silencio.

Yusuf atacó de nuevo. Lo hacía locamente, como dominado por una especie de ciega rabia, pero era uno de los más expertos luchadores de arma blanca con que Clive se había enfrentado jamás.

Dos veces empleó Murdock el antebrazo para salvarse «*in extremis*» de la puñalada mortal, y otras tantas sintió el fluir de la sangre por sus heridas. Luego se dio cuenta de que su enemigo no apoyaba bien los pies para asestar sus golpes, y decidió aprovechar aquella circunstancia.

Era lo único que le favorecía. Él poseía técnica mientras que Yusuf sólo tenía instinto.

Al esquivar un nuevo golpe, Clive levantó la pierna izquierda y le asestó un terrible puntapié en el hígado. Yusuf se encogió, dolorido. Clive levantó ahora la pierna derecha y le asestó un terrible puntapié al mentón. Su enemigo, sorprendido, saltó hacia atrás, aunque sin soltar el cuchillo.

Clive fue a pisarle la mano armada. Pero el otro dio media vuelta en el suelo con tal rapidez que el joven quedó como petrificado, creyendo durante algunos segundos, que estaba luchando con una especie de serpiente.

Yusuf atacó fuera de nuevo, buscando asestar sus cuchilladas en el bajo vientre para que su enemigo no se atreviera a alzar las piernas. Pero Clive se dio cuenta enseguida de la nueva táctica, y comprendió que eso le permitía mover los brazos.

Lo importante era atacar, no perder ni un instante la iniciativa del desigual combate. Si Yusuf se daba cuenta de que iban a por él, en lugar de ser al contrario, primero se sorprendería y luego acabaría retrocediendo.

Un terrible golpe de canto, propinado con la mano derecha de Clive, aplastó materialmente su ojo del mismo lado. Yusuf, sorprendido, no logró reaccionar en el primer instante. Entonces Clive le sujetó la mano armada con una implacable presa de judo y se la retorció hasta que los huesos crujieron, Yusuf, que desconocía por completo aquella técnica, le miró asombrado, con su rostro apenas a unos centímetros de distancia del de Clive, y soltó el cuchillo con un gesto de dolor.

El federal podía haberle roto el brazo, pero en lugar de eso le soltó. No lo hizo sólo porque aquel extraño tipo estaba ya vencido y no quería atormentarlo inútilmente, sino porque no le convenía que Yusuf, con sus huesos partidos, se pusiera a lanzar aullidos de dolor.

De un seco golpe, Clive lo arrojó a tierra, y luego se inclinó para tomar el cuchillo. Un simple gesto le bastó para apoyar la punta en

la garganta de su enemigo.

Ahmed había estado presenciando todo aquello con un gesto de horror, sin atreverse a abrir la boca. Toda aquella pelea, que le había parecido interminable, no había durado más allá de dos minutos. Ahora se dio cuenta Ahmed de que se ahogaba porque había estado conteniendo la respiración. Tambaleándose, se acercó a Clive.

—No… no lo mate.

Clive alzó la mirada.

—Me temo que tendrás que aclararme muchas rosas, Ahmed.

—Le explicaré todo lo que quiera, jefe. Yo no podía ni soñar que Yusuf fuese a atacarle. Al contrario, lo que pensaba era que usted lo tendría a sus órdenes.

—No acabo de entenderlo. Vayamos por partes a ver si aclaro la cosa. En primer lugar, ¿quién es este Yusuf?

—Un asesino. El peor asesino que hemos tenido en Kadurs últimamente.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué se dedica?

—Degüella mujeres.

—Hermosa y educativa distracción. ¡Vaya tipo! Y estaría en la cárcel, supongo.

—Lo tenían en un sitio peor. ¿Se ha fijado en una pequeña y vieja muralla que hay al sur de la ciudad?

—No, pero es igual. Continúa.

—Lo tenían allí, colgado de esa muralla, metido en una jaula de hierro. El suplicio había empezado hoy. Tenía que morir de sed y de hambre. Ahora aún conservaba fuerzas, pero mañana hubiera sido un completo pingajo.

—¿Había un guardián abajo, vigilándolo?

—Sí. Y ha sido él quien lo ha libertado.

—¿Con qué orden?

—Diantre, la que le ha dado esa chica que vino a buscarme a mí. Todo el mundo sabe que a esas muchachas no se las puede desobedecer cuando se trata de presos condenados personalmente por el sultán. El guardián debió creer que a Yusuf iban a quemarlo vivo, o algo así. Yo, que esperaba con el coche, no oí lo que dijo el guardián, pero quedó bastante sorprendido al ver que Yusuf era libertado y pasaba la parte posterior de este cacharro.

—¿Qué explicación te dio la chica?

—Me dijo al oído que había engañado al guardián diciéndole que era orden del sultán. Pero que en realidad Yusuf trataría de ayudarte a ti para salir de este país.

Clive lanzó un silbido.

—Y a Yusuf debió decirle que el sultán le concedía la libertad si lograba rebanarme a mí el pescuezo.

Hermosa situación. ¿Dónde se ha quedado ahora la chica?

—Está lejos, junto a la muralla. ¿Quiere que vaya a buscarla, jefe? Daré con ella.

—No. Pensando bien en ello, creo que esa muchacha no tiene la culpa. Simplemente obedeció órdenes. Las que le dio una especie de princesa que está oculta ahí arriba…

En aquel momento Yusuf, creyendo que Clive estaba descuidado, intentó zafarse de la presa, pero lo único que consiguió fue que el cuchillo le hiciese «un afeitado a fondo». Por poco se queda sin cuello.

Clive masculló:

—Calma, hermanito, calma… Aún eres demasiado joven para entrar en el paraíso de Alá. Todo a su tiempo.

Luego volvió a mirar a Ahmed.

—A este tipo hay que ocultarle. Pero ¿dónde?

—Yo tengo en mi casa un sitio.

—¿Es seguro?

—¡Y tan seguro! Cierta vez criamos en casa un cachorro de león, y cuando se hizo demasiado grande hubo que ponerlo en alguna parte… Entonces construí una especie de semisótano con una ventana enrejada hasta que terminé por dar la libertad al bicho. Yo lo tenía por si le daba por comerse a una de mis mujeres, pero no lo conseguí. De todos modos, aquella especie de jaula aún existe.

—Lo llevaremos allí.

—¿Por qué no lo suelta?

—No puedo hacerlo, si es tan peligroso como dices.

—Deje que él liquide a la mujer de ahí arriba. ¿Quién es?

—Nina Belacem —dijo Clive en voz baja.

—¡Imposible! ¡Ha sido ahorcada!

—No, no fue ella. Hay muchas cosas que la gente ignora en este país, amigo mío. Pero lo que acabo de decirte es un secreto y no

puedes divulgarlo de momento. Tenlo en cuenta.

—No se preocupe, jefe, ninguna de mis mujeres lo sabrá. ¡Sería como darlo por radio! ¿Pero por qué no deja, de todos modos, que Yusuf le ajuste las cuentas a ella? Los árabes pensamos esto: El que prepara una trampa, es justo que caiga en ella.

—Y no os falta razón, pero yo reservo a Yusuf para otra cosa. Acabo de tener una idea.

—Si lo que espera es hacerme un favor pidiéndole que liquide a mis tres mujeres, le advierto que no conseguirá nada. Entre las tres se lo cargan. Yusuf acabaría pidiendo a gritos que lo devolvieran a la jaula.

—No es eso… Yusuf nada tendrá que hacer dentro de Kadurs. Vamos a llevarlo.

Clive lo subió en un empujón a la parte posterior del coche y le puso la punta del cuchillo en la nuca. Una leve presión le atravesaría el cerebelo y lo enviaba al diablo, como cuando se apuntilla a un animal. Yusuf se daba cuenta de eso y no hizo un solo movimiento sospechoso.

Pero todos sus músculos estaban tensos. Su mirada brillante indicaba que ansiaba matar.

La vivienda de Ahmed era una de tantas casuchas miserables al borde mismo del desierto. No se comprendía cómo podían vivir allí diecisiete hijos y tres esposas. Pero tenía la ventaja de que se podía llegar a ella, por la parte trasera, es decir la que daba al desierto, sin llamar la atención de nadie.

Ahmed detuvo el coche y señaló unas rejas a ras del suelo.

—Por ahí lo meteremos. Luego las rejas se cierran herméticamente. No podrá escapar.

—¿Tienes la llave?

—Sí. Aquí está.

Los dos hablaban cuchicheando. Ahmed manejó un enorme candado y alzó la verja lo suficiente para que por el hueco pasase un hombre.

Yusuf se resignaba y no intentaba huir. En parte lo hacía por fatalismo y también porque estaba convencido de que aquella especie de diablo que lo había hecho prisionero terminaría sin contemplaciones con él en cuanto se pusiera un poco tonto.

De un doble puntapié lo arrojaron abajo. Mientras Yusuf se

incorporaba, ellos cerraron la verja.

Luego el rostro de Yusuf se pegó a los barrotes, sus ojos eran demoníacos. Tenía la cabeza torcida y la boca entreabierta. Aquella boca era como un negro pozo de horror.

Ahmed susurró:

—¿Qué piensa hacer con él?

—Ya te he dicho que tengo un plan. Tú mismo lo verás muy pronto.

—Me gustará saber qué es lo que ocurre. Nunca me había divertido tanto como desde que lo he conocido, jefe.

—¿No gritará ese tipo desde las rejas? ¿No te pondrá en un compromiso?

—No tema, no abrirá la boca. Aquí, al menos, nadie ha hablado de matarle, mientras que si grita, lo encontraran y lo vuelven a meter en la jaula, su muerte será espantosa. Lo único que he de hacer es hablar con mis tres mujeres para que no se lo coman.

—Muy bien, hazlo. Yo te espero aquí.

Clive aguardó entre las sombras de la noche, mientras Ahmed entraba en la casa. Cinco minutos después se oyeron una especie de gritos de agonía, y casi inmediatamente salió el árabe sujetándose la cabeza, por la que manaba la sangre.

—¿Qué te ha ocurrido, Ahmed?

—Nada de especial… Por poco me matan.

—¿Es que no se han hecho cargo de lo que sucedía?

—Una de ellas sí, pero las otras dos no. Y cuando han empezado a aporrearme, la que estaba conforme también le ha tomado gusto a la cosa. Total, que si no llego a escapar me liquidan. —Luego, sin transición, añadió—: ¿Adónde vamos ahora, jefe? Sobre todo a un sitio donde no haya mujeres, ¿eh? ¡Eso por lo que más quiera!

Clive dudó unos instantes.

Sabía que Nina Belacem le había condenado a muerte. Era capaz de preparar trampa tras trampa hasta acabar con él. Había preparado ya dos, y haría todo lo necesario hasta verle muerto.

Sabía que Clive Murdock era el único obstáculo que se oponía en su camino. Un plan que la llevaba en línea recta a ser una de las mujeres más ricas del mundo.

No había dejado a Clive más alternativa que la de luchar, y estaba dispuesto a hacerlo.

Lamentó no poder liquidar al sultán de Kadurs por los conflictos que ello originaría. Ese trabajo hubiera hecho muy a gusto, mucho más que acabar con Simpson.

Ahmed le miraba atentamente.

—¿Crees que tu coche podría atravesar la frontera sin ser revisado?

—Le veo muy preocupado. ¿En qué piensa, jefe? Quiero decir que la mayor parte del terreno es liso, y uno puede ir un poco más a la derecha o un poco más a la izquierda. La guardia fronteriza no puede vigilarlo todo.

—Quisiera llegar hasta Adén. Allí todo estará resuelto.

—¿Me llevará con usted, jefe?

—Te estoy pidiendo que me acompañes, de modo que es evidente que vamos a ir juntos.

Palmeó en la espalda a Ahmed.

—Luego me las ingeniaré para que puedas trabajar en los Estados Unidos. Allí ganarás lo suficiente para enviar dinero a tus mujeres y tus hijos. Podrán, incluso cambiarse de casa.

—El que quiere cambiarse de casa soy yo. Bueno, ¿a qué esperamos para largarnos?

Clive se acarició levemente el mentón. Era verdad, ¿a qué esperaban? Simpson estaba muerto y la misión que le trajo hasta allí había sido cumplida. Lo único que tenía que hacer era largarse… Pero no podía arrancarse de la mente la muerte de Chris, aquel infame asesinato.

—Voy a ver a Nina por última vez —dijo de repente—. Quiero que sepa que esté donde yo esté, lucharé con todas mis fuerzas para que sus ambiciones nunca lleguen a cumplirse.

—Jefe, dígale eso mismo por carta. Y no se complique la vida.

—Yo nunca asusto a las mujeres por correspondencia —dijo Clive sombríamente—. Para asustarla del modo que yo lo hago, ni siquiera hace falta saber escribir. Vamos allá. Tú me esperarás a un quilómetro de distancia.

Ahmed se rascó pensativamente detrás de la oreja.

—Bueno, vamos… Lo malo es que ella acabará convenciéndole de que es una buena chica. Y yo tendré que esperarme, a ese quilómetro de distancia que usted dice, toda la maldita noche…

Rodaron a poca velocidad, siempre bordeando la población,

hasta acercarse a la residencia de Nina Pero pronto vio Clive que ésta no había permaneció quieta durante todo aquel tiempo. Tres «*jeeps*» cargados de hombres vestidos de negro, estaban aguardando en las cercanías del edificio.

Y les vieron. Ahmed, que conducía confiadamente, no se dio cuenta de su presencia hasta que estaba a quinientos metros de distancia. Para entonces, policías ya los tenían encañonados.

Sonó una larga ráfaga.

Clive lanzó un gruñido ininteligible mientras tomaba el volante y obligaba a apartarse a Ahmed. El coche describió un viraje atroz, de los que hacen volcar a cualquier vehículo, mientras las balas picoteaban la tierra apenas a dos metros de distancia.

Ahmed lanzó un gruñido gutural.

—¿Pero qué diantre sucede, jefe?

—Muy sencillo. Nina Belacem está dispuesta a acabar conmigo como sea. Y contigo también, puesto que vamos juntos.

—¡Esto no tiene ninguna gracia! ¡Usted, al menos, la habrá besado, de modo que puede morirse a gusto! ¿Pero yo qué?

—Tú vas a palmarla con la satisfacción de ser un hombre honrado, muchacho.

—No me convence. Y además no lo entiendo.

Clive dio más gas, dibujando una serie de curvas suicidas sobre el terreno pedregoso.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Creí que a ella le interesaba permanecer oculta y no dejarse ver. En menos palabras: no le convenía armar jaleos para que la gente no se enterase de que existía. Y ahora resulta que ha puesto en conmoción a todo el sultanato.

—Esos policías no le han visto la cara, muchacho. Nina se habrá puesto simplemente en contacto con su amiguito el sultán. Y él le habrá prometido regalarle unos pendientes hechos con nuestras cabezas.

—¡Maldita tierra!

—No te atormentes, Ahmed. En muchos países de los que llamamos civilizados pasa lo mismo, pero con más finura.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¡De momento, correr!

Pero a pesar de que Clive conducía como un piloto de Indianápolis, sacando al coche toda la velocidad posible, y no obstante sus maniobras frenéticas para esquivar las balas, era evidente que aquello no podía durar mucho tiempo. Los *jeeps* ganaban distancia. Además eran más aptos para el terreno desigual, y resultaba indudable que terminarían alcanzándolos si antes no les hacían volcar con una ráfaga.

Clive sacó su pistola.

Sólo tenía tres balas, una por cada *jeep*. Aquello complicaba aún más las cosas.

—Sujeta el volante, Ahmed. Y deja que el coche pegue bandazos de vez en cuando.

—¿Qué va a hacer?

—Ejercicios de tiro.

Se volvió, sacando un poco la cabeza y el antebrazo derecho por la ventanilla.

Dos *jeeps* se habían acercado bastante. Iban a gran velocidad, y uno casi detrás del otro.

En el primero, uno de los policías se había puesto en pie y apuntaba con su metralleta, buscando conseguir una ráfaga certera. A su vez, él era un blanco tentador, pero Clive decidió olvidarlo. Le interesaba más hacer otra cosa.

El neumático estalló, haciendo perder el equilibrio al *jeep*. Éste dio dos terribles bandazos, mientras los policías vestidos de negro saltaban en todas direcciones.

Clive se alegró porque había podido inutilizar el vehículo sin tener que matar a nadie. Aquellos policías eran, al fin y al cabo, hombres como Ahmed, pero tenían la desgracia de verse obligados a obedecer órdenes.

La cosa no terminó ahí, sin embargo.

El segundo *jeep*, que rodaba a muy poca distancia, no pudo frenar, y se estrelló contra el que había volcado. Los dos vehículos se incendiaron inmediatamente.

Hombres vestidos de negro saltaron en todas direcciones, lanzando aullidos, mientras eran iluminados espectralmente por las llamas. Pero Clive comprobó que ninguno de ellos había muerto.

Ahora sólo quedaba un perseguidor. Perseguidor. ¿Por qué?

Clive volvió a tomar los mandos e hizo dar una brusca media

vuelta al coche.

Ahmed se encogió en un rincón. Tenía más cara de terror que si sus tres mujeres le hubiesen exigido a la vez a que se portara con ellas como un verdadero maridito.

—Jefe… ¿Pero qué hace?

—Muy sencillo: Voy a atacar.

—¿A… a quién?

—A ese *jeep*. Seguro que no lo espera. Si les meto el asombro en el cuerpo, tengo ganada la mitad de la batalla.

Con la culata hizo astillas el cristal del parabrisas y apuntó por el hueco, mientras daba gas a fondo. El automóvil brincaba como una cabra montesa, y a cada momento el *jeep* se hacía más y más claramente visible.

Al conductor le temblaban las manos, pero uno de los policías fue decidido y preparó la metralleta.

—Lo siento —susurró Clive—. Tú mismo te lo has buscado, muchacho.

Apretó el gatillo.

El hombre de la metralleta dio un brinco, saltando materialmente por los aires, y pronto quedó atrás, mientras el *jeep* seguía avanzando.

Ahmed tenía la boca abierta.

—¡En el nombre del Profeta! ¿Dónde aprendió a disparar de ese modo, jefe?

—Fue lo único que me enseñaron a hacer bien, muchacho. Pero no me causa ninguna alegría tirar contra esos pobres tipos.

Ahora seguía en línea recta hacia el *jeep*, buscando claramente el choque. Bueno, en realidad Clive no lo deseaba, ni mucho menos, pero tenía que dar la sensación de que iba a por él. El que antes se pusiera nervioso había perdido la partida.

Y el conductor del *jeep* no sabía ya dónde tenía el volante. Sus ojos desencajados miraban al automóvil que se acercaba a él en línea recta.

—¡Va a chocar! ¡El buitre ese viene a por nosotros!

—¡No se atreverá! ¡Se mataría!

—¡Pues por lo visto quiere hacerlo! ¡Pero de paso nos va a liquidar a nosotros también!

—¡Frena!

—¡Ya no puedo! ¡Lo que tienes que hacer es disparar!

—¡Si me asomo un poco me agujereará la cabeza! ¡Mira lo que le ha ocurrido al otro!

Todos los que ocupaban el *jeep* estaban bien lejos de sospechar que a Clive sólo le quedaba una bala. Lo único que se les ocurrió pensar fue que iba al choque, buscando morir matando.

La distancia era ya sólo de doscientos metros, de cien…

Los dos vehículos seguían en línea recta, uno contra el otro.

Los motores aullaban.

El conductor del *jeep* sentía que las manos le abrasaban, mientras Ahmed estaba tan desesperado que empezaba ya incluso a pensar con dulzura en sus tres mujeres. Después de todo, en líos tan gordos como aquél aún no le habían metido nunca…

—¡Frene, jefe! ¡Pare de una vez, maldita sea!

—Que frene el otro.

Clive Murdock estaba tan tranquilo, tan impasible, mientras mantenía la dirección del coche. Ni un solo parpadeo en sus ojos, ni un leve temblor en sus dedos.

La distancia entre los dos vehículos ya era casi inapreciable. El choque parecía inminente.

A causa de la tensión de los músculos, los dos conductores mantenían el gas a fondo.

El aullido de los motores, trabajando a toda presión, hacía temblar el aire.

Clive gritó:

—¡Lo siento por tus hijos, muchacho! ¡Y lo lamento también por Betty!

—¿Quién es… Be… Betty?

—Una chica que conozco en Brooklyn. ¡Un plan imponente!

Clive encajó las mandíbulas, aceptando el choque. Ahora ya no podía retroceder. A aquella velocidad, cualquiera que hiciese un viraje brusco volcaría.

Pero el policía del *jeep* no pensaba en eso. Sentía que el sudor llegaba ya hasta su boca, y veía con el rabillo del ojo que sus compañeros se iban tirando en marcha. Las cosas que le decían al caer no pueden ponerse en un libro, ni siquiera escribiéndolas en árabe. De pronto sus nervios estallaron.

Aulló:

—¡Noooooooo!…

Dio un brusco giro al volante, cuando los vehículos casi chocaban. El *jeep* volcó aparatosamente, dando dos vueltas de campana. El conductor se dio cuenta de que iba solo cuando se vio a sí mismo volando por los aires.

Clive soltó el gas, siguió en línea recta y dejó que el coche fuera frenando por sí mismo poco a poco. Luego cambió de marcha y restableció la situación, convirtiendo aquello en un paseo pacífico.

De pronto le pareció que el techo se abombaba.

Ahmed había lanzado un suspiro que hizo aumentar la presión del aire:

—¿Estabas asustado, Ahmed?

—¿Yo?… Je, je… ¿Quién… quién… ha dicho… semejante… barbaridad?

—No sé… Me lo había parecido.

—Yo no estoy asustado, jefe. Al contrario, me divierto mucho… ¡Como nunca en la vida! Pero larguémonos de aquí, jefe. Sáqueme de este país antes de que mis tres mujeres vengan a llorar sobre mi tumba.

—Me temo que la cosa no ha terminado, muchacho.

—¿Aún no?

—Mira ese edificio.

—Ya lo veo. Es la casa donde vive Nina, y donde hay también otras chicas del harén. ¿Pero por qué hemos vuelto? ¿No hemos tenido ya bastantes conflictos con mujeres?

—Ha sido casualidad. Me he encontrado ante ese edificio sin buscarlo. Pero fíjate en otra cosa. Observa en el coche que hay ante la puerta por dónde acostumbrabas a salir tú.

Ahmed sintió que los ojos se le salían de las órbitas.

—¡Es el «Rolls» de plata del sultán! ¡Y él se dispone a salir ahora!

—Con una mujer —musitó Clive—. Con Nina. Y les acompaña un fulano que imagino es el hermano de ésta.

—Debe sacarla de ahí por considerarlo un sitio poco seguro. Usted ha armado demasiados líos, jefe.

—Voy a armar uno más. El último.

—¿Qué… se propone?

—¿Funciona bien el indicador de gasolina?

—Sí. ¿Por qué?

—Entonces el depósito está casi lleno. Muy bien. Será un magnífico incendio.

Ahmed por poco lanzó un aullido.

—¡Pedazo de bestia! ¿Qué se propone hacer?

—Ese «Rolls» de plata se va a ir al infierno, amigo mío. Sé que es la locura más grande que he cometido en mi vida, pero no puedo evitarlo. Ese trío seguiría cometiendo crímenes si los dejo con vida. No merecen otro fin que el que yo les voy a deparar.

—¡Está loco! ¡Esto originará un problema internacional!

—Nadie sabrá que lo he hecho yo. Y ahora prepárate, Ahmed. ¡Vamos a por ellos!

Clive dio gas a fondo.

Un gesto de fanática decisión tensaba sus facciones, que nuevamente parecían talladas en piedra.

CAPÍTULO X

Las luces de Adén seguían titilando a lo lejos. El ambiente de la habitación era selecto, refinado, absolutamente honorable. Dos pájaros amarillos reposaban en sus jaulas doradas a pesar de los resplandores de las lámparas. Un equipo de hi-fi esparcía por la estancia una música suave y lánguida.

La señora Rollston miró las piernas de la chica que estaba sentada ante ella.

Instintivamente sintió una sorda rabia. La chica era joven, mucho más joven que ella, y tenía las piernas preciosas. Además las enseñaba. Eran aquella clase de mujeres desenvueltas y estúpidas las que hacían que ella, la señora Rollston, no tuviese éxito con los hombres. Bajo su sonrisa helada y cortés, la señora Rollston sintió que odiaba a aquella visitante con toda su alma.

—¿Y dice que no tiene familia aquí? —preguntó con suavidad—. ¿Nadie se interesa por usted?

—En cierto sentido se interesa mucha gente, pero no es eso lo que yo quiero. Yo deseo trabajar.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí, amiga mía?

—Fui contratada para actuar de bailarina en Beirut, pero en realidad me llevaron a una casa donde nos visitaban hombres. Me di cuenta en el último momento de que había caído en manos de una banda dedicada al tráfico de blancas, y logré escapar. Eso por poco me costó la vida. Me presenté a la policía, pero aparentemente las personas que me habían contratado eran honorables, y me insinuaron que estaba obligada a volver con ellas. Nunca he sabido si aquel comisario estaba comprado o no, pero el caso es que intenté salir del país. No sé cómo he llegado hasta aquí. En el hotel me han dicho que usted podría darme trabajo.

La señora Rollston acentuó su sonrisa.

—Claro que sí, amiga mía, claro que sí… Yo soy una de las dueñas de ese hotel, ¿sabes? Por lo pronto no tendrás que abonar ninguno de los gastos que hayas hecho hasta ahora. Además te proporcionaré trabajo, no muy lejos de aquí. Precisamente hace media hora me han telefoneado.

Y añadió suavemente:

—El avión vendrá dentro de muy poco. Es un helicóptero.

—¿Tanta prisa corre mi traslado?

—Muchísima, amiga mía, muchísima… Pero las condiciones valen la pena. Pasa a esa otra habitación. Tengo unos documentos relacionados con tu futuro trabajo y quiero enseñártelos.

La chica entró en el dormitorio. Se sentía un poco confusa y aturdida. ¡Pero la señora Rollston inspiraba tanta confianza!…

El pinchazo la hizo estremecerse. Lanzó un grito y de pronto cayó de rodillas. La señora Rollston rechinó los dientes y retorció la aguja dentro de su cuerpo, haciéndole todo el daño de que fue capaz, hasta que la muchacha perdió el sentido.

CAPÍTULO XI

Clive Murdock se dispuso a chocar con el contacto del automóvil encendido. La catástrofe era casi segura.

Otra vez apretaba el volante sin parpadear. De nuevo su rostro parecía la propia máscara de la Muerte.

—¿Dónde tiene este cacharro la batería? —preguntó a Ahmed.

—Delante.

—¿Y el depósito de gasolina?

—Ta… también… El motor va atrás, o… no quiero imaginar lo que está pensando.

—Si una sola chispa de la batería salta, el depósito hará explosión —masculló Clive—. Es el defecto de estos coches. Pero esta vez me va a servir de mucho.

El soberano del pequeño sultanato, Nina y el hermano de ésta, ya se hallaban dentro del «Rolls» de plata. Ninguno de ellos había visto aún a aquella especie de loco que llegaba a gran velocidad y con los faros apagados.

De pronto el conductor lo atisbo. Hizo un gesto de horror.

—¿Pero…? ¿Pero qué pretende?

Ya no tenía tiempo de poner el coche en marcha y sacarlo de allí. La colisión era inevitable. No tenía más remedio que escapar a toda prisa.

—¡Salgan! —gritó a los ocupantes del «Rolls». ¡Salgan de ahí enseguida!

Nina fue a salir la primera. El sultán le dio un empujón para apartarla y salir él.

—¡Canalla! —gritó Nina—. ¡Canalla!

Uno de los policías de la escolta levantó su metralleta. Disparó una ráfaga desesperadamente, mientras Clive aullaba:

—¡Fuera!

Ahmed no esperaba otra cosa. Salieron uno por cada puerta,

saltando al vacío.

El vehículo recorrió a gran velocidad los pocos metros que le faltaban, mientras en torno al «Rolls» se escuchaba una lúgubre serie de alaridos.

Clive dio dos vueltas de campana en el aire antes de caer, y al fin lo hizo sentado. Todos los músculos le dolieron como si acabaran de machacarlos, pero comprendió al instante que no se había roto ningún hueso. A unos veinte metros de distancia vio a Ahmed, levantándose pesarosamente.

La explosión hizo temblar el suelo. Los dos tuvieron la sensación de que iban a volver a desplomarse.

Alcanzando de lleno al «Rolls», el viejo vehículo se empotró materialmente en él, mientras su tanque de gasolina estallaba como una bomba. Nina, que no había logrado salir a causa del ansia del sultán por salvarse, tuvo más suerte que él. Más suerte en el sentido de que murió en el primer instante, a causa del brutal choque, mientras que el jefe del pequeño sultanato era alcanzado por las llamas.

Sus alaridos estremecedores llenaron la noche. El hermano de Nina también había quedado dentro, con la cabeza partida en dos. Los guardias de la escolta corrieron a refugiarse donde pudieron, mientras disparaban alocadamente al aire.

Clive comprendió que tenían que aprovechar aquel momento. Perder un minuto era lo mismo que exponer la vida.

Vio el *jeep* de los miembros de la escolta detenido a poca distancia del «Rolls» incendiado. Se dio cuenta de que el sultán había caído al suelo y lanzaba aun aullidos estremecedores, aunque éstos eran cada vez más débiles. Ni uno solo de los miembros de su escolta aterrorizados, se había acercado para salvarle.

El *jeep* estaba solo.

Clive corrió hacia él.

—¡Vamos, Ahmed! ¡Corre todo lo que puedas! ¡Piensa en las tres mujeres que vas a tener en Norteamérica!

—¡Si es en ese plan, no me marcho!

—¡Por lo menos hay que salir de aquí! ¡Sube!

Clive saltó al volante del *jeep* y lo puso en marcha. En aquel momento un hombre uniformado de negro, con la metralleta bajo el brazo, salía del edificio.

Clive le lanzó el *jeep* encima, aplastándolo contra la pared. Supo desde el primer momento que no lo había matado, pero seis meses en cama a aquel tipo no se lo quitaba nadie. Luego trazó un semicírculo y se alejó a toda velocidad.

Ahmed temblaba cada vez más. Ahora se daba cuenta de lo que habían hecho.

—¡Esto nos va a costar la horca! ¡O peor aún! ¡Nos harán pedazos!

—¿Tenía herederos ese tipo?

—¿El sultán? No. Hijos sí, desde luego. Tenía una montaña de ellos, pero ninguno había sido reconocido aún como sucesor.

—Eso está bien. Así cabe la posibilidad de que se establezca un régimen más justo.

—¡Pero nosotros no lo veremos!…

—No lo veremos, desde luego. Pero si somos listos lo leeremos en el periódico.

—¿Confía en escapar, jefe?

—No sólo lo espero, sino que además vamos a llevarnos a Yusuf.

—¿A ese asesino?

Con los faros apagados, Clive hacía rodar el *jeep* a toda velocidad, dirigiéndose hacia la capital, pero siempre, como de costumbre, bordeando los límites de ésta.

—Sí —dijo—. Nos lo llevaremos.

—No sabe qué clase de tipo es, jefe. En cuanto ve a una mujer, siente deseos de degollarla. Está loco, tan loco como para matarlo.

—Pero ni tú ni yo somos mujeres, Ahmed.

—También ha degollado hombres.

—Correremos ese riesgo.

Llegaban ya a la casa donde vivía Ahmed. Clive le señaló rápidamente las rejas.

—Sácalo.

Ahmed obedeció. Yusuf salió impasiblemente, con la cabeza levemente torcida hacia el lado izquierdo y una mirada indescifrable en los ojos.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó, con una voz perfectamente natural.

—Te voy a sacar del país.

—¿Salvaré mi vida?

—No digo tanto.

—En ese caso piense que trataré de matarlo, amigo mío. Sepa que…

Fue a lanzarse hacia Clive. Éste, que lo esperaba, movió los puños en forma de «jab», uno tras otro.

La mandíbula de Yusuf crepitó como si fuera de cristal. El asesino cayó de espaldas, lanzando un aullido, y quedó quieto en el suelo, con los brazos en cruz, respirando afanosamente.

Clive Murdock no le dirigió una sola mirada.

—Ahmed, puedes despedirte de tu familia —dijo, con la misma calma que si ambos estuviesen en un café árabe—. Será mejor que lo hagas ahora, si es que piensas venir conmigo.

—Claro que voy a ir, jefe. Después de lo que ha sucedido, ¡cualquiera se queda!

—Di que podrás enviarles dinero con mucha seguridad. Yo te lo garantizo. Y que podréis reuniros todos pronto, fuera de este país. Claro que vas a necesitar un camión para llevar a tus hijos…

—Jefe, si oye gritos, sálveme Quizá entre las tres mujeres quieran repartirse mis huesos.

Luego desapareció en el interior de la casa. Volvió a salir apenas cinco minutos más tarde, sin que nada hubiera sucedido. Pero ahora llevaba dos rifles.

—Podemos necesitarlos —dijo.

Yusuf había permanecido quieto, rehuyendo el recibir más golpes, pero sus ojos brillaban peligrosamente, como los de una fiera al acecho. Obedeció cuando Clive le ordenó con un gesto que se pusiera en pie.

—Ven a mi lado —ordenó—. Tú, Ahmed, detrás, con los dos rifles. Mantenle en tu línea de tiro, y si ves que hace un solo movimiento sospechoso, le vuelas la cabeza.

—Con mucho gusto, jefe.

Clive volvió a situarse al volante. Por la situación de las estrellas calculó la dirección que tenía que tonar para llegar a la frontera. El motor del «*jeep*» rugió cuando él lo lanzó a toda velocidad por la planicie seca y pedregosa que rodeaba a Kadurs.

—Voy a tener que fiarme de ti, Ahmed —dijo adentras volvía levemente la cabeza—. ¿Dónde están los puestos de control?

—¿Ve a mano derecha aquella carretera de la que nos alejamos?

Pues a unos veinte kilómetros se encuentra la primera barrera, y a unos veinticinco, La segunda y última Siguiendo siempre en la dirección que llevamos ahora, saldremos a las colinas.

—¿Qué es eso?

—Una zona un poco abrupta que no hubiéramos podido atravesar con el otro coche, pero que resultará excelente para un «*jeep*». En ella nadie nos cortará el camino.

—Sin embargo, deben haber dado ya la alarma —objetó Clive.

—En la frontera sí. Pero no hay hombres suficientes para guardar toda la línea, y menos los vericuetos de las colinas.

—Lo que vigilaran con mayor interés debe ser el aeródromo —murmuró Clive.

—Seguro.

—Si aprovechamos estos momentos de confusión, podemos escabullirnos —dijo el federal, resumiendo en voz alta sus pensamientos—. ¿Cuánta distancia hay de aquí a la frontera, siguiendo el camino que llevamos ahora?

—Unos cuarenta kilómetros.

—En media hora podremos llegar allí. Luego atravesaremos una parte de Arabia Saudita y llegaremos a Aden. Claro que habrá que bordear el territorio de Omán y el desierto de Rub-Al-Khali. Tenemos viaje para todo el día de mañana.

—No será divertido —murmuró Ahmed—. Y no creo que haya gasolina para tantos kilómetros.

—Una vez en Arabia Saudí podremos emplear tranquilamente las sendas que recorren los camiones Allí hay estaciones de combustible, y aunque no las encontráramos podríamos pedirlo a algún camionero Será como volver a nuestro propio siglo, muchacho.

—Lo que vayamos dejando atrás —murmuró Ahmed que en el fondo era un hombre reflexivo—, no ha variado gran cosa desde los tiempos del Profeta. Hay «Rolls» adornados con plata, «*jeeps*» como éste y metralletas, todo ello comprado al extranjero con las divisas del petróleo, pero la situación sigue siendo la misma que cuando el nombre de Alá fue predicado por primera vez. Y no creo que jamás varíe. El petróleo, si bien se mira, ha sido la maldición para la gente pobre de esta tierra.

—No hagas filosofía —recomendó Clive—. Lo importante ahora

es que logremos salir de aquí.

El desierto parecía más ancho cada vez, y el terreno se hacía más y más pedregoso. Sin el «*jeep*» no hubieran conseguido seguir adelante. Vieron cabo de unos minutos que unas crestas ásperas se marcaban en el horizonte.

—Ahí está la frontera —susurró Ahmed—. Éstas son las colinas. No pase por entre ellas. Procure trepar un poco e irlas bordeando.

—¿Hay guardias al pie de esos montículos?

—Puede haberlos.

Clive comprendió. Tenían que sacar el rendimiento posible del «*jeep*» si querían seguir con vida. Los guardas fronterizos no esperaban que se decidiesen a trepar por las montañas.

Clive cambió de marcha y ascendió por el borde de una de aquellas lomas. De pronto una ráfaga de metralleta crepitó delante del motor. Habían sido descubiertos.

—¡Sujetaos! ¡Voy a conducir en zigzag!

El sufrido vehículo estuvo a punto de volcar cuando Clive se puso a hacer malabarismos entre las rocas. Las balas restallaban contra éstas, pero sólo un par de ellas atravesaron la plancha del vehículo. Ahmed comprendió que era necesario silenciar a aquel tirador, o al menos obligarle a ocultarse.

Su rifle crepitó dos veces. El de la metralleta se dio cuenta, cuando las balas rozaron su cabeza, de que un descuido le podía costar la piel. Se lanzó entre las rocas, dejando de disparar, mientras el vehículo se perdía de vista.

—¡Allí!

Otro guardia fronterizo acababa de aparecer sobre un peñasco, encima de sus cabezas. Ahmed lo alcanzó en una pierna, haciéndolo caer rodando colina abajo.

El terreno se hacía más difícil y más áspero cada vez. Clive sentía un sudor helado correrle por la cara.

Si el «*jeep*» no podía resistir aquella prueba, estarían perdidos. Pronto serían acorralados por los guardas fronterizos que irían llegando desde todas partes.

El «*jeep*» dio un terrible brinco. Clive logró enderezarlo en el último instante.

Una aguda piedra chocó contra el cárter, amenazando reventarlo.

—¿Falta mucho, Ahmed?

—¡Allí! ¡Al final del sendero!

En efecto, el terreno se había alisado de pronto, y a unos cien metros el camino de tierra se transformaba en una pista relativamente asfaltada, único indicio visible de que entraban en Arabia Saudí. Pero lo malo era que allí había un guardia uniformado de negro, uno de los hombres que vigilaban los límites del sultanato.

Y llevaba una granada en la mano. Estaba dispuesto a lanzarla.

Clive masculló:

—¡Tira, Ahmed! ¡Tira!

Pero Ahmed estaba demasiado nervioso. Las balas salieron altas. El guardia alzó más la mano, para proyectar la bomba.

Y en ese momento se movió Yusuf.

Con una calma glacial, sin inmutarse, abrió la caja de herramientas que aquel «*jeep*» llevaba entre los dos asientos. Clive, que le miraba de soslayo, quedó asombrado al ver que allí, entre las herramientas, había una pistola, municiones y un largo cuchillo.

—Me han traído y llevado tanto en estos vehículos —masculló Yusuf—, que ya sé de sobra lo que hay en ellos.

Y poniéndose en pie de pronto, apoyó la izquierda en el parabrisas mientras con la mano derecha lanzaba instantáneamente el cuchillo.

La hoja de acero brilló en la noche como un rayo leve de luz. El policía recibió el cuchillo en la garganta justo cuando la bomba iba a salir de entre sus dedos.

La granada cayó a tierra, a sus pies. El guardia lanzó un estertor.

El estampido hizo saltar materialmente el «*jeep*». Clive dio un brusco giro de volante, para esquivar el cuerpo caído de su enemigo, y de repente las ruedas se posaron en el asfalto. Estaban en Arabia Saudí. Por el momento podían considerarse a salvo.

Clive disminuyó la marcha mientras miraba asombrado a Yusuf.

—No sabía que manejaras tan bien el cuchillo —masculló.

—Con un cuchillo yo sé hacerlo todo —contestó Yusuf, mientras volvían a brillarle siniestramente los ojos.

Y quedó quieto, con la cabeza ligeramente torcida, mirando hacia el infinito.

Clive se desvió de la pista.

Debía haber guardianes árabes unos kilómetros más allá. Necesitaba esquivarlos porque de lo contrario volvería a estar todo perdido. Cuando se hubiese alejado mucho de la frontera, las cosas serían distintas.

Ahmed echó la cabeza hacia atrás, con infinito alivio. Aún no podía creer que estuviera libre y con el cuerpo entero. Respiró con ansia el aire de la noche y todo lo que se le ocurrió preguntar fue:

—Y esa ciudad de Adén, ¿qué tal está? ¿Hay muchas chicas?

CAPÍTULO XII

El avión, un pequeño «Convair» para vuelos de tipo medio, iba a partir. Un cielo infinitamente azul estaba posado sobre el aeródromo y sobre el cercano mar. Las colinas resecas, al fondo, indicaban que aquello era el principio de Arabia, el comienzo de otro mundo.

Clive Murdock, vestido impecablemente, y Ahmed, convertido en un verdadero *gentleman, subieron por la escalerilla. Ahmed estaba maravillado ante cada detalle nuevo que descubría. Sobre todo aquellas azafatas de faldita corta, hacían que estuviera a punto de tropezar a cada nuevo paso que daba.*

Oiga, jefe. ¿Aquí también me puedo casar con cuatro?

—No, hombre, no. Aquí sólo con una. Y para atrapar a una de ésas, hay que tener su poquitín de suerte.

—Vamos a hacer un trato. Usted me enseña los trucos para conquistarlas, y yo le enseño de qué modo se pueden tener diecisiete hijos. ¿Hace?

—No, Ahmed, el trato no me conviene. Tú no sabes lo pequeños que son los pisos y lo cara que está la vida en los países a los que vamos.

—Por cierto, usted ha hecho gestiones con la policía y me ha sacado un billete. ¿Pero adónde vamos?

—Este avión nos lleva a Beirut. Desde allí tenemos enlace con todas las ciudades importantes del mundo.

De pronto, cuando ya estaban casi en lo alto de la escalerilla, Clive Murdock vio otro avión que estaba situado a unos cincuenta metros de distancia. Éste también despegaría poco después. Y por las escalerilla subía una ninfa como para tumbarle a uno con sólo una mirada.

¡Una mujer que se parecía a Chris!

Clive empezó a bajar las escaleras.

—¡Pero, jefe! ¿Adónde vamos ahora?

—He cambiado de opinión. Nos vamos en ese otro aparato.

—¡Pero si no tenemos billete…!

—Es igual. Lo arreglaré de algún modo. Pagaré suplemento. Enseñaré mi pasaporte especial y diré que es una misión urgente de servicio. Pero no quiero que ahorquen también a esa chica. A ésa me la quedo para mí.

—¡Jefe! ¡Que a lo mejor ese avión vuelve a Kadurs! ¡Y allí nos apiolan!

—No. Ese avión va a Mogadiscio, en África Oriental.

—¡Pero si en Mogadiscio quizá no tengamos enlace para ir a ningún sitio!

—Es igual. Mientras esa nena me diga que sí, yo me quedo. ¿Te has fijado en las piernas que tiene?

Y corrió hacia la otra escalerilla. Ahmed, resoplando detrás de él refunfuñó:

—Es usted un hombre extraño, jefe. No sé si podré resistir esta tensión. Cambia de aviones como quien cambia de corbata, y encima ha dejado libre a ese asesino, a Yusuf. Eso es lo que menos entiendo. Le dio dinero y una dirección donde le facilitarán la salida del país. Luego avisó a la policía para que le siguiera a distancia, pero la verdad es que no acabo de entenderlo. ¿Qué es lo que piensa?

Clive volvió un poco la cabeza, sólo un poco, para no dejar de mirar las piernas de la desconocida, que estaba ya en lo alto de la escalera.

—Lo que he pensado yo, lo leerás tú pronto en los periódicos, muchacho… Lo leerás en ellos…

EPÍLOGO

La señora Rollston miró a aquel hombre que parecía tímido, apocado, y cuyos ojos, sin embargo, brillaban como bolas de fuego.

El hombre vestido de blanco, árabe sin duda, tenía la cabeza ladeada. Parecía ser una actitud muy suya. Y en sus labios flotaba una sonrisa que era imposible descifrar.

—¿De modo que le han dicho que yo puedo facilitarle la salida del país? —musitó—. ¿Y no tiene parientes ni amigos?

La sonrisa del hombre se hizo más extraña, más indescifrable.

—A nadie, señora.

—El caso es que… Yo hubiera podido darle a usted un magnífico empleo es un sultanato vecino, pero las cosas se han complicado mucho en el curso de unas cuantas horas. No sé… En fin, un hombre como usted siempre me será útil. Yo tengo clientes en distintas parles del mundo, ¿sabe?

—¿Clientes para qué, señora?

—Oh, verá… A veces se trata de sustituir a otra persona… Hay muchas ocasiones en la vida en que eso hace falta. Y no protestará usted, se lo aseguro… Le parecerá todo muy bien. Definitivamente me quedaré con usted. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Yusuf, señora.

—Yusuf… ¿Y por qué sonríe de ese modo?

—Es la costumbre, señora.

—Muy bien… Pase. Hablaremos mejor ahí dentro.

La puerta del dormitorio se abrió. Ella echó a andar. Los ojos de Yusuf brillaron mientras llevaba la derecha a la funda de la parte posterior de su pantalón.

El cuchillo que acababa de comprar, brilló tenuemente en la penumbra de la elegante pieza.

La señora Rollston se volvió de pronto, como asaltada por un súbito pensamiento. Y se encontró ante aquellos ojos.

Aquellos ojos en la cabeza ladeada. Aquella mirada brillante. Aquella sonrisa atroz, que era como una sentencia de muerte.

El dolor lacerante la hizo aullar, porque Yusuf no mató esta vez a la primera. La señora Rollston intentó saltar por la ventana, y Yusuf la sujetó férreamente, haciéndola volver al interior. Allí continuó apuñalándola hasta que se sintió cansado, pero sosegado, y hasta que le acometió una infinita sensación de alivio.

El estruendo de las sirenas de la policía llenaba la calle.

Pasos precipitados subían por la escalera. Se oían gritos.

Yusuf supo que no podría escapar. Pero, cosa extraña, eso le importaba poco ahora.

Cerró los ojos.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain